

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

OCTUBRE - NOVIEMBRE
2018



No. 16



INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES



TALLER DE LECTURA

Pon en marcha tu capacidad de comprensión y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje y el placer.

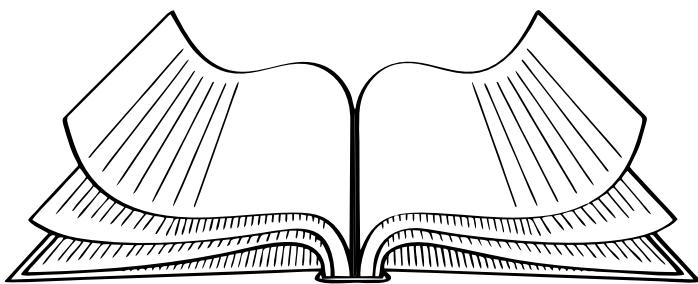
TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias para impulsar y fomentar tu creatividad.

TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

Aborda las diferentes corrientes y conoce los elementos estéticos que te ayudarán a apreciar cada expresión artística.

Para mayor información y/o horarios:
info@porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 16

www.porescrito.org

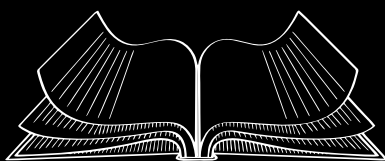




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Mitla	
Mateo Mansilla-Moya	7
XI	
Etienne Fajardo	8
XII	
Etienne Fajardo	9
Cuatro minutos	
Nilo Nilo	10
Mi compañía	
Germán Lance Medina	11
Los árboles que a la vista dan	
Zoila María Molinet Carrazana	13
El 46,664 en la Isla Robben	
Lizbeth Padilla	14
Poema para Nelson Mandela	
Juan Carlos Pirali	15
El pueblo negro	
Felipe Andrés Vergara Unda	16
¡Mandela vive!	
Guillermo Echevarría Cabrera	17
A veces en la noche	
César Pável Juárez Urbina	18

FIRMAS

Llamadas inusuales	
Yamil Narchi Sadek	19
Paralelos	
Virginia Meade	21
Espacios de excepción	
Andrea Fischer	23
Rolihlahla	
Yamil Narchi Sadek	24

Fortunato	
Enrique Héctor González	25

Sabiduría natural	
María Elena Sarmiento	28

IMAGINARIO	29
-------------------------	----

VOCES

Abril está en otra parte	
Luis Felipe Lomelí	33

Ejercicio de castidad	
Erick Alfredo Fuentes del Río	41

La mujer del jardín	
Susana Corcuera	44

El día de la libertad	
Roberto Omar Román	46

Sayec	
Gisela Santibáñez Calderón	48

¡GO(A)L!	
Augusto Montero Razo	50

Sólo una gota	
Carmen Padín	55

Vacación permanente	
Enrique Garza	57

CONVERSACIONES

Liderazgo de servicio	
Cecilia Durán Mena	60

Hablando por escrito

Más que en ningún otro número, me interesa reflexionar sobre el propósito que Pretextos literarios por escrito tiene: atrapar lectores para nunca dejarlos ir. Para ello, nuestro más grande afán ha sido poner en contacto a escritores para que sus textos encuentren personas que quieran recorrer las líneas que nos han dejado por escrito. Leer nos lleva a entrar a mundos diferentes que nos entretienen y también, con suerte, nos provoquen una reflexión. En esta edición tuvimos grandes cómplices que se asociaron con este empeño y codo a codo con la Embajada de Sudáfrica en México convocamos un el Primer Certamen Literario para festejar la figura de Nelson Mandela.

La palabra figura es imagen que expresa algo vivo, en movimiento, es una expresión elevada distinción que le presta a su expresión. La concepción figural estructura e informa también sobre la más grande cosmovisión. Nelson Mandela es una figura a carta cabal, es en donde aparecen los rasgos de su humanidad afable, sensible, impresionable, vulnerable. En esta condición, unimos esfuerzos para lanzar la convocatoria y lograr encender la chispa que provoca Mandela y desentrañar lo que provoca en la mente creativa. Ver el significado nuevo y singular que se encuentra en el personaje histórico que representa algo verdadero e histórico que da voz a algo igualmente verdadero e histórico.

Así, nos dimos al cometido de esclarecer las ideas y buscar las frases y las imágenes que mejor se pudieran relacionar con el hombre y con la identidad de la persona; con los acontecimientos que vivió y los que devinieron de su actuar. Buscamos el sentido inmediato y el legado. Figura y consumación, como lo expresará Erich Aurebach *“porque las nociones parecen contener —unas veces ésta, unas veces aquella— un grado elevado de concentración histórica”* (Figura, p.72)

Nelson Mandela es como una llama que se enciende dentro de un vaso de agua fría. Es uno de los magnos ejemplos modernos de cómo se ejerce el liderazgo positivo real. Aunque podamos tener diferentes puntos de vista sobre quién en el mundo es un buen líder, Mandela es universalmente considerado como tal. Todo personaje histórico tiene detractores y el expresidente sudafricano no sería la excepción, sin embargo, las críticas demuestran que era innegablemente humano. Sus fallas no le quitan esa esencia del líder, la confirman. Para Mandela, el bastión era su capacidad de sacrificio personal. Así vivió y ejerció el liderazgo: a partir del servicio.

La mirada en alto soñando con una sociedad que reconoce que todos los hombres hemos nacido iguales, con derecho a la misma calidad de vida, libertad, prosperidad, derechos humanos y buen gobierno. Una sociedad así, que crea en estos valores y se afilie a ellos, jamás permitirá que vuelva a haber prisioneros de conciencia ni que se violen los derechos humanos de persona alguna. Mandela sabía de lo que estaba hablando pues fue protagonista, lo vivió en primera persona.

Madiba como se le conoce en Sudáfrica en forma cariñosa, era el nombre de un jefe thembu que, en el siglo XIX, gobernó la región Transkei, a la que pertenece Umtata, la población en la que nació el expresidente. Tal como aprendimos de voz de Anthea Joubert, embajadora de Sudáfrica en México, llamarlo Madiba es señal de cariño y respeto, pues honra el título, otorgado por el concejo de ancianos de su tribu, en señal de una vida honorable y gloriosa.

Madiba logró alejarse de las asperezas políticas y de las turbulencias de su propio país para aprovechar la oportunidad de mostrar nobleza. Tuvo el valor de admitir

la terrible injusticia que se cometía con su pueblo por la imposición del sistema del apartheid, pero su valentía se sustenta en la visión de comprender y aceptar que todo el pueblo sudafricano debía negociar como participantes igualitarios en el proceso con el que se determinaría qué futuro deseaban todos para conformar una nación incluyente. Avivó la esperanza para que al tiempo en que Sudáfrica luchaba para reinventarse, se convirtiera también en un microcosmos; en un nuevo mundo que estaba por nacer.

Las palabras del propio Mandela en su discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz hablan por sí mismas: *“Esos incontables seres humanos, tanto dentro como fuera de nuestro país, tuvieron la nobleza de espíritu de impedirle el paso a la tiranía y la injusticia sin buscar una ganancia egoísta. Reconocieron que el daño contra uno es un daño contra todos, y por lo tanto, actuaron unidos para defender la justicia y la decencia humana fundamental.”*

En esta condición, buscamos comprender su llamado, y dedicamos la edición de este número dieciséis de Pretextos literarios por escrito a la experiencia única y punzante, ejemplar y gloriosa, intensa y penetrante de un líder para demostrar, en la práctica, que la condición normal de la existencia humana es la democracia, la justicia, la paz; sin racismo, sin sexismo; con prosperidad para todos, con un ambiente saludable, con igualdad y solidaridad entre los pueblos.

Entenderán, queridos lectores, que más que en ningún otro número, los integrantes de la mesa de edición de esta revista pusimos acento especial en el propósito que Pretextos literarios por escrito tiene: atrapar lectores para nunca dejarlos ir. Para ello, nuestro más grande afán ha sido poner en contacto a escritores para que sus textos encuentren personas que quieran recorrer las líneas que nos han dejado por escrito. Leer nos lleva a entrar a mundos diferentes para entender y con suerte, nos provoquen una reflexión. Los textos elegidos como ganadores del certamen se apegaron a nuestros criterios editoriales en conjunto con los marcados por la Embajada de Sudáfrica en México.

Así que, con ustedes, nuestro número dieciséis.

La editora general



Paúl Núñez

Mitla

Mateo Mansilla-Moya

A Mercedes

El asiento empolvado
de un camión
que nos lleva
al lugar de los muertos.

Un sol indiferente
que moja con su luz
la tierra, y al aire
refleja el verde.

Una canción
que solo suena
en nuestras cabezas
al acercarnos a lo desconocido.

Llegamos a las ruinas
de una ciudad prehispánica,
nos dibujamos en las grecas
y bajamos a sus tumbas.

Contemplamos la flora
y al cabo del momento
caminamos entre telares,
por calles de polvo,
entre fantasmas
que nos despedían cordiales.



Paúl Núñez

XI

Etienne Fajardo

Leche de estopa
No llega a los trece
y un chamaco
ya mama casi nada
de su apócope de seno
Cuando niña
lloraba entre mocos y gritos
sin aire que duplicara el ruido
Ahora llora dentro
de una bolsa de papel
(como si vomitara tiner)
y ella no puede oírse
pero la bolsa se infla
y se desinfla
y el tiner
acaba uno a uno con los pensamientos
el chamaco también llora
sin aire que duplique el ruido
pero la bolsa se infla
y se desinfla
y el apócope de seno
se desinfla
sólo
se desinfla
y el chamaco



Paúl Núñez

XII

Etienne Fajardo

Un amuleto obsidiana
 un lago
 cuelga en el pecho del bosque
 Chapultepec
 se tiende pereza
 entre picos urbanos
 Chapultepec
 con su castillo europeo
 su zoológico Moctezuma
 se abre de rejas verdes
 a la turba
 Los mexicanos no necesitan
 justicia
 ni la esperan
 mientras haya remar los domingos
 la familia entera
 y navegar piratas entre botellas
 pet vacías
 y patos obesos
 de una dieta rica en Marinela
 y vendedores de azúcar
 en algodones rosados
 entonces no hay para qué
 pensar en lunes
 pensar en el final de la quincena
 no hay para qué amar a la esposa
 o educar a los niños
 si hay Chapultepec en la mañana
 si hay Estadio Azteca por la tarde
 no hay a qué pensar en lunes
 estando en la lanchita de madera



Cuatro minutos

Nilo Nilo

Los cuatro minutos mejor invertidos del día,
son los designados para pensar en ti esta tarde.
Doscientos segundos más cuarenta,
fluyen como agua de río asido en mi diestra.
Tiempo; efímero humo de cigarrillo
e inmanente al recuerdo condensando tu silueta,
dando forma al deseo de cavilarte cuatro minutos más.
Y así; hasta que la fiel noche, oyente singular
de mi afonía, te acurruca apasionada
en mi anhelo de tenerte; mientras tus labios
me subyugan en perpetuo y purgatorio suplicio.
Suplicio; hasta que la fatiga me hace caer rendido,
incapaz de tocar tu diáfano cabello.
Duermo; exasperante y deletérea búsqueda
contra el rechazo de la distancia,
advirtiendo ecos del mutuo deseo.
Despierto; vuelve la afflictiva y tediosa rutina
de veinticuatro horas menos múltiplos de cuatro minutos,
necesarios para existir pensando en ti.



Paúl Núñez

Mi compañía

Germán Lance Medina

Día tras día,
 semana tras semana,
 y cada mañana
 una humilde monotonía.
 Cansado de luchar estoy,
 las ganas de vivir
 están a donde voy,
 sobre llevando mi existir.
 Ella, Soledad me acompaña
 de lunes a viernes
 ya que sábado vienes,
 aunque tu presencia sea extraña.
 Para ti es un aburrimiento
 pero es lo mejor que tengo,
 tus segundos pasan más lento,
 es con lo que me entretengo.
 Ahora que te vas
 no sabes lo abandonado
 que me dejas, tarado,
 haciéndome creer que regresarás.
 Mi compañera, Soledad
 ha regresado avisando
 que mi mortalidad
 se está aproximando.





Ganadores

PRIMER CONCURSO

DE NELSON MANDELA EN LA CATEGORÍA DE

Poesía

Nelson Mandela
Centenary
2018
Be the Legacy



República de Sudáfrica



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Los árboles que a la vista dan

————— Zoila María Molinet Carrazana —————

*Primer lugar del Primer Concurso
Nelson Mandela en la categoría de Poesía*

The solution must be determined by the people.
Nelson Mandela

Los árboles que a la vista dan a mi patio,
los planté para ti.
La buganvilla que se enreda,
tan solo la hemos dejado crecer
por ti.
El toronjil de menta abrazado a los olores del viento,
junto a la maravilla y el botón de oro, resplandecen
para ti.
En los meses lluviosos de junio.
los árboles que a la vista dan a mi ventana
no los cuido yo,
sin embargo,
parecen desear pertenecerte.
Si los hombres pudieran ser sabios
como la naturaleza que los acuna,
tu vida siempre sería brotes,
sólo brotes, Madiba.



Paúl Núñez



El 46,664 en la Isla Robben

Lizbeth Padilla

*Segundo lugar del Primer Concurso
Nelson Mandela en la categoría de Poesía*

Un niño dibuja a Pangea en su antebrazo.
Pasea su ganado con el sol entrando en los ojos de los becerros,
en los asombros más genuinos.

Como un pez abisal se sumerge en la burbuja de su música
y adormecido a la media tarde deletrea profundidades
evitando crecer, como quien demora lo inevitable.

Abandonó el hogar con la camisa vieja
y como cinturón, una cuerda.

A orillas del río Mbashe,
bajo la fronda de senecios y lobelias,
Madiba mira lejos,
vidente escrutando un porvenir de sangre y de mordazas.

Todo destino es barro y en manos de Mandela
África fue vasija conteniendo justicia.



Poema para Nelson Mandela

Juan Carlos Pirali

*Segundo lugar del Primer Concurso
Nelson Mandela en la categoría de Poesía*

Luchador incansable sin rencores
por derechos humanos en su tierra,
combatió al Apartheid por el racismo
con ideas de paz y frente enhiesta.
Soñador con el hecho irrefutable
de borrar los flagelos de pobreza,
con un acto sublime de justicia
en unión fraternal sin anatemas.
Firme gesto apacible y conciliable,
transitó con valor por ruda senda,
y en su ruta de ripios fue un valiente
tolerante al dolor de la condena.
Un creyente cabal de la esperanza,
sufrió la sinrazón de férreas rejas,
que acató en el encierro estoicamente
por defender con fe causas ajenas.
Tanta lucha social tuvo por premio
el honor de un Nobel de recompensa.
Hoy vive en el recuerdo por sus hechos;
¡Paradigma de paz, Nelson Mandela!



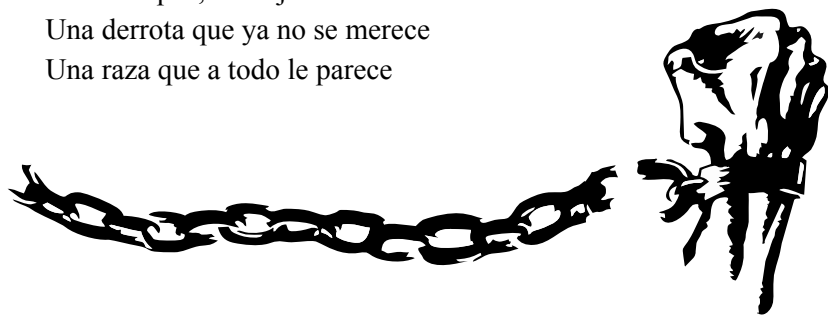
Nelson Mandela

El pueblo negro

Felipe Andrés Vergara Unda

*Tercer lugar del Primer Concurso
Nelson Mandela en la categoría de Poesía*

Por la gran liberación del pueblo negro
Di no a la esclavitud y opresión
No somos todos iguales entre sí
Nosotros somos mortales y al fin
La raza negra también es una sola
Sin que sea tan diferente a las otras
Somos todos tan iguales entre sí
Vivimos todos en un mismo país
Negro, tu color es tu simple raza
Tu vida también es tu simple casa
Vivimos en la injusta pobreza
Luchamos todos por una gran nobleza
Nelson Mandela, eterna figura
Tus discursos siempre causan locura
El pueblo negro también se defiende
La paz, un mensaje que se entiende
Por un pueblo negro y con justicia
Reinante paz, tan injusta caricia
Una derrota que ya no se merece
Una raza que a todo le parece



¡Mandela vive!

Guillermo Echevarría Cabrera

*Tercer lugar del Primer Concurso
Nelson Mandela en la categoría de Poesía*

cuerpo de Sauce
ojo lunar
mente infinita
tejido universal
brazo enredadera
venas de río
ojo solar
piel de liquen
labios de salvia
piernas arena
arcilla y raíz
corazón de fuego
energía pura liberada
nutre nuestras almas



A veces en la noche

César Pável Juárez Urbina

*Tercer lugar del Primer Concurso
Nelson Mandela en la categoría de Poesía*

A veces en las noches me dan ganas de estar solo
con mi cigarro prendido y mi comezón en los pies.
A veces ando busca que busca la soledad entre todas estas
cosas:

en la luz triste de tus ojos, en estas rodillas frías.
Es curioso cómo se busca la soledad y se termina
hecho un tonto, con la cara larga, durmiendo despacio.
Me pregunto si se puede estar solo. Pero de veras solo.

Sentir eso
que dicen que sienten los que buscan y las mujeres
embarazadas,
las plumas de los pájaros, las señoras quedadas.
Al final, puede ser que la soledad no exista, o que existo
demasiado.

Puede ser que esté en algún cuarto, sola, pobrecita,
esperando.



Llamadas inusuales

Yamil Narchi Sadek

Bueno. Sí. Soy yo. Ay, profesor, qué gusto que llame. No se hubiera usted molestado. Sí. Sí, le agradezco mucho. Ya está en un lugar mejor. Que descanse en paz. No, mire, no me parece necesario. Tampoco le voy a mentir, me he sentido bastante mal. La tristeza, los vahídos. Me detengo en medio de la planchada o de la lavada y tengo que buscar dónde sentarme. Además, como que en estas fechas se siente más gacho, ¿no? Al menos así me pasa a mí. Se siente una como más sola. Aunque, bueno, para usted debe estar bien descansar un poco ¿no?, aprovechando las vacaciones de la escuela. ¡Qué gusto, profesor! Pues sí, aproveche ahorita que no ve a los chamacos.

No, no se preocupe. Gracias por ofrecerse, pero voy bien. Digo... no ha sido tan fácil. ¡Todos los problemas que dejó! No he podido ni dormir a veces de estar pensando en cómo resolverlos. ¡Claro que lo extraño, profe, pero eso no es lo más grave! En serio, digo, a final de cuentas he tenido sus llamadas. ¿Cómo? ¿Qué es lo que no entiende? Ay, no, profe, no me refería a las llamadas de usted, aunque les doy mucho valor, en serio, y agradezco las buenas intenciones. ¿Cómo que de quién? ¡Ah, las llamadas! Pues del difuntito, profe, pues de quién van a ser. No, no se ponga así. A ver, ¿qué quiere que le explique? No, no son las llamadas que recibiría el difunto, sino las que él me ha hecho desde el más allá. Es en serio, profe. ¡No se enoje! No veo por qué le enojaría que mi difunto Eusebio me llame de vez en cuando. Estuvimos casados treinta y siete años. Yo diría que más le vale. Ay, profesor, claro que sé que está muerto, ¿pues de qué estamos hablando si no? Sí, me llama. Suena el teléfono, lo descuelgo y me pregunta cómo van las cosas, qué he resuelto, si lo extraño. Es un coqueto ése Eusebio. Después de tanto tiempo, ¡mire usted! Y me viene con sus insinuaciones y sus cosas. ¡Y eso que ya ni cuerpo tiene! Hasta eso, no me quejo. Antes, con dos o tres de esas que me dijera y ya me tenía yo que andar cuidando de que se me echara encima el bruto del Eusebio, bufando como toro y quemando como locomotora. Ahora nomás le queda el puro dicho, figúrese usted.

Sí, profe, ha llamado varias veces. Primero me llamó llegando, como para avisar que llegó bien, pero casi ni hablamos porque yo estaba ocupada con el velorio y le dije que luego me contaba, cuando tuviera más tiempo allá y más cosas que decir. Luego me llamó como al tercer día y hablamos como cuando éramos novios, ¡figúrese! Tantos años después, sin habernos separado ni una noche, y ahora después de tres días ya nos sentíamos todos pachichos. Je je je. Es que sí que lo quería yo a ese viejo cabrón. Ay, perdón, profe. Pero pues así me salió del sentimiento. No me va a negar usted que era borracho y ojo alegre. Y pal juego y pal negocio, simplemente cabrón. Je je. Gracias, profe. Disculpe. Es usted siempre un caballero.

Los siguientes días llamó diario, hasta que se fue a emborrachar con los amigos, ya sabe usted, pues dijo que hace mucho no los veía, y me dejó sin llamada como cuatro días. Y que nos agarramos. Yo me aproveché de que ahora no podía soltar guamazos, y que le echo la retahila entera de 37 años de reproches. Creo que lo lastimé, porque otra vez dejé pasar varios días, casi una semana, creo, y nada de noticias de él. Y ya sé que no me debo preocupar. A final de cuentas, está donde tiene que estar, y ya me había dicho que la pasaba bien. Pero andar así, sin noticias, pues sí me tenía con el Jesús en la boca.

En una de sus llamadas, le pregunté sobre morirle. Me dijo que no había estado tan feo. Que el dolor pasó rápido y lo demás era difícil de describir. “Vivir es lo que está cabrón,” me dijo. Ay, profe, lo siento, otra vez esa palabra. Pero que conste que esta vez fue

Eusebio y no yo. Como quiera, me dio gusto que me quisiera contestar. Cuando les pregunté a mamá y a Consuelo, mi hermana, no me quisieron responder nada sobre sus muertes. ¿Perdón? Ah, profe, claro, no le había dicho que hace tiempo que recibo estas llamadas. Eusebio se cansaba de gritarme que estaba loca cuando hablaba mi mamacita santa y platicábamos por horas. Hasta dijo que iba a dejar de pagar el teléfono. ¡Y qué bestia! Porque ése siempre lo pagaba yo. De puro lavar ajeno, fíjese, el teléfono, el gas, el agua y la luz. Ya mi viejito ponía la renta y el mercado y veíamos cómo íbamos saliendo con lo demás.

¿Que desde cuándo qué? Ah, las llamadas. Pues desde que se me murió alguien ya con teléfono acá en su humilde casa. Creo que mamá fue la primera. Pero ya sabe cómo es esto: primero, mucho extrañar y mucho amor. Llamadas todo el tiempo. Luego, poco a poco, ya sabe, “dicen que la distancia es el olvido.” Le empiezan a bajar. Las platicadas son más cortas, menos frecuentes. Siente uno que ya dijo todo y que platicar sobre cómo no se esponjó el pastel que iba a ir a vender pues no es importante. Digo, no le niego, me encanta que me llamen mamá o Chelito o Eusebio ahora, pero como que está bien que cada vez sea menos. Como que cada quién su vida, ¿no? O su muerte. Y si tengo la suerte de no haberme tenido que despedir de golpe y porrazo, pues bien. Que es mejor que la haya pasado así. Al fin que pronto se encuentra uno de nuevo.

¿Profe, usted cree que soy mala? Por no haber querido hablar con ellos todos los días. Ya ve usted y yo lo poco que hablamos, sí, pero hoy no se podrá quejar. La conversación estuvo más larguita. Qué bueno que habló. Es que tengo un mandado que encargarle. Mire, profe, es que voy a tener que irme. Y no quiero que los vecinos se quejen de que apesta mi casa en un par de días. Sea un alma de Dios, y avísele al vigilante de la cuadra. Mi sobrina Rosita tiene llave y el dinero para los gastos está bajo mi colchón. No profe, no sé si pueda hablarle. Pero si veo que puedo, le prometo. Que esté muy bien. Ah, y felices fiestas, profe. Dios me lo bendiga.



Paralelos

Virginia Meade

Floto bajo luces enceguedoras y me acompañan susurros en un idioma que no comprendo.

Es un cuarto de hospital. La habitación tiene una ventana grande, dividida en ocho secciones; puedo ver los edificios, los montes y algo del cielo. Viene un enfermero que abre las cortinas y las tres ventilas. Aún está oscuro. Después verifica mis signos vitales. Ninguna palabra ni contacto visual ni físico. Me deja.

No puedo moverme, transcurre el tiempo y estoy ansiosa. ¡Que alguien entre! Quien sea. He contado el número de pisadas de los que transitan detrás de la puerta, una salida que no puedo ver, doscientos pasos. Por más que lo deseo, nadie se detiene.

Las noches siempre me han tranquilizado, espero que ésta haga su magia en mí. Entraron varias enfermeras, una me palmea el hombro. Verlas animadas, que hablan entre ellas, aunque yo no entienda, es bueno. Miran un calendario que alcanzo a ver, tiene marcado con un círculo el día 22. No estoy abandonada.

La luz se filtra cuando el enfermero abre las ventanas. Me mira molesto. Le devolví la cortesía. Tú tampoco me agradas. Entra un hombre vestido de traje, se acerca a mí sonriente. Junto a él, una mujer trae en las manos un block. Él empieza a hablar, pero no entiendo. La mujer anota y luego dice: Buenos días, Lucy. Soy el doctor Vilaa —la mujer pronuncia una doble a—, usted tuvo un accidente. Cierre los ojos si lo recuerda.

Mis vacaciones. No es la primera vez que viajo sola. El auto que renté es adecuado, firmo el vaucher, meto mis mochilas. Arranco. Después de un par de horas de conducir, empieza a llover, tierra suelta, el auto patina en la curva. Es todo.

Cierro los ojos.

El hombre continúa hablando. La mujer, sin expresión alguna, me mira mientras informa que me fracturé la mandíbula, por eso no puedo hablar; también la cadera y el pie izquierdo. Su voz es monótona, parpadea antes de anotar y traducir. Me imagino que quiere demostrar lo eficiente que es. Tuve hemorragia interna pero ya la controlaron. El doctor Vilaa acerca su mano y toca mi pierna, los ojos de la intérprete se encienden, lo mira con desaprobación. Él habla. Ella traduce: esperamos que muy pronto esté recuperada para poder viajar. El doctor se dirige a las enfermeras, les pide que estén al pendiente de mi condición. La mujer del block las mira con autoridad mientras traduce las palabras del galeno. Él sonríe y se despide de mí. La mujer me informa apretando los labios: la veré mañana. Buenas noches.

Ambos salen, detrás de ellos las enfermeras, muy juntas los siguen. Oigo cómo cierran la puerta. Me quedo sola. Solo el zumbido que emite un aparato que

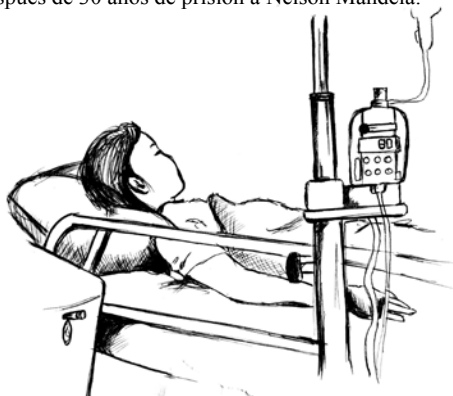
está colocado en lo que parece un perchero para abrigo. La noche hace su magia, conozco mi estado de salud, viviré. Miro hacia el exterior. El enfermero no vino a cerrar las cortinas. Podré dormir. Durante las siguientes horas, las enfermeras, entran a la habitación, se cuelan un poco de luz artificial. Toman la temperatura y la presión arterial de mi cuerpo. QUITAN las bolsas que penden del colgador desde donde varios tubos transportan medicamentos. El contacto físico es mínimo, traen guantes de látex, verifican las agujas que tengo en los brazos, vacían la bolsa que recibe mis fluidos. Anotan los datos en un block. Se sacan los guantes como si fueran algo sucio y los tiran a un bote. No puedo decir nada. Me refugio en mi cuerpo y lo convierto en nido.

Estoy en un país que no es el mío, en un hospital donde la habitación es cada vez más pequeña; ya ni siquiera la vista de los montes me consuela, ellos tampoco son libres de ir y venir. Cuando intento moverme el dolor me castiga. Me siento prisionera en este lugar, donde mis celadores son los doctores, las enfermeras y la intérprete, ella es la más dura conmigo, cuando se va, me mira con desdén y cierra la puerta con fuerza.

Me quedo con mis pensamientos, lucho contra la depresión porque lo que tengo adentro es lo que me ayudará a salir adelante. No me quiero caer; el dolor es un obstáculo por vencer, igual que las miradas de condescendencia del personal del hospital; hacen su trabajo con frialdad como si yo fuera menos; han tratado mi cuerpo como algo ajeno.

Un representante de mi embajada ha venido a visitarme, se contactaron con mis familiares. Más noticias, la compañía de seguros se harán cargo de los gastos de hospital. En unos cuantos días me darán de alta y podré viajar. La esperanza de que mi cuerpo se recuperará me explota. Logro mascullar: gracias.

Hoy antes de salir del hospital, me despidió de la habitación que me dio albergue, adiós al pedazo de cielo y a las siluetas de los montes que me acompañaron. El enfermero me ayuda a sentarme en la silla de ruedas. Evitamos cruzar miradas. Un empleado del consulado me lleva al aeropuerto. El chofer ha encendido el radio. Se escucha los vitores de la gente. El empleado del consulado me explica que han liberado después de 30 años de prisión a Nelson Mandela.



Espacios de excepción

Andrea Fischer

I

Viene agosto, viene agosto, viene agosto y viene. El reloj es un burócrata inexorable: ha dejado pedacería de segundos desperdigados por el piso de la habitación, ahora más fría, más grande. No puedo dejar de sentir la amplitud de la ventana: es como una mirilla que se hizo escenario de pronto, y qué teatralidad la suya. Las luces de la ciudad son más vívidas cuando el sol se aleja del planeta. Las jacarandas del camellón no tienen chiste si no tienen flor. Apenas caigo en la cuenta: ya es otoño. Todo muy bien, todo tranquilo, pero, ¿cuánto falta para septiembre?

II

Hay espacios de excepción que no perdonan. Tengo las piernas heladas y sólo a ratos siento la cara. No hay café que me despierte; no hay vodka que me reanime los dedos. Tengo los labios partidos y el pelo revuelto de varios días sin entrar al baño. Sólo está ese hormigueo constante, como estática en la piel. Las nubes afuera se arremolinan y se deshacen sobre sí mismas en una exhalación triste. El vaho oscuro de los carros es un suspiro colectivo entrecortado. El refrigerador murmulla, las sábanas se quejan, la ropa se escurre en un llanto que no reconoce.

III

Qué cálido se ve todo allá afuera. Soy Quasimodo en una catedral de concreto. El problema es que no estoy sorda, sino que el silencio me ha sido impuesto por la ausencia. Sí, el departamento sigue igual. Sí, las cosas están como las dejaste. Después del portazo, sólo quedó el eco, y todo lo demás permanece, imperturbable. La sala, la cocina, el cuarto. Incluso yo: una extensión del sillón que respira. Hablándole a las cosas, hablándole al techo mugroso, hablándole a los espectadores anónimos desde la ventana. Qué risa, qué lástima, qué nada: hay espacios de excepción que no perdonan.



Rolihlahla

Yamil Narchi Sadek

Rolihlahla

el que agita los árboles,
el alborotador,

¿qué símbolo le daremos?

¿qué canto?

a la necesidad necesaria

a la insensatez sensata

a la montaña

a quien ve la muerte y no se arredra

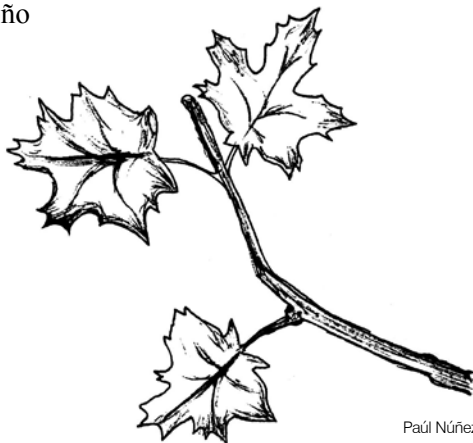
y sin libertad ejerce

su intención de vida

*Rolihlahla*¹,

acomete contra las ramas

urge la llegada del otoño



Paúl Núñez

¹ *Rolihlahla* es el nombre original de Mandela, antes de que su maestra de escuela le pusiera Nelson.

Fortunato

Enrique Héctor González

Parte II: la historia

En la nevería de un pueblo por el que pasaba la tropa conocí a una mujer de escasos treinta años, menos guapa que coqueta y más astuta que lista. Vi cómo veía a los hombres con unos ojos llameantes, agrandados por el maquillaje y los menurjes esos que se untan las mujeres en la cara para llamar la atención. Yo estoy lo suficientemente feo como para poder ver sin que me miren, así que pude darme cuenta de cómo luego se sentaba a llorar a solas, extrañamente ignorada por todos, en una mesa alejada. Me acerqué a reconfortarla, o por lo menos a decirle que se calmara, que me platicara un poco si eso le servía. Se me quedó viendo, como que se sonrió y dijo: Aquí no. Salimos calle arriba, en silencio, yo detrás de ella tratando de seguir su paso rapidísimo y ligero y ahí pude ver que tenía un cuerpo muy bonito, más bonito que el de la Tongolele, para que me entiendas, porque a ella no se le zangoloteaba nada, muy finita ella y locuaz, porque eso se le nota a una mujer hasta en la manera de bormear los ojos.

Llegamos a una casa que, como las demás, exigía para entrar el pequeño salto de una zanja por la que bajaba el agua del cerro vecino. Igual que todo en ese pueblo del demonio, el lugar olía a limpio, a fresco, a hierbas hirviendo cerca. Eso a la entrada, pero en los cuartos pegados al corral y al trascorral, un olor muy nítido se destacaba sobre la húmeda cordialidad de los aromas del día. Ella se sentó en una silla de la cocina y, tomando un vaso de la mesa, se sirvió algo que me pareció aguardiente. Yo también me senté y ella de inmediato se prendió de mi brazo y lloró casi abusivamente, gritando, como yo no había oído nunca llorar a una mujer. Me la pasé acariciándole la espalda casi un cuarto de hora, mientras ella me contaba una historia que, por sus hipos, apenas pude entender. De repente se me arrebujó y empezó a fajarme todo el cuerpo como si me estuviera frotando una mata de ruda. ¡A mí!, que siempre he sido recaliente, y además te digo que la vieja no estaba nada mal. Pues que empezamos a darle. Nos salimos de la cocina y nos llevó al cuarto la calentura y aquel olor penetrante que ya estaba en todos lados.

No te lo voy a contar en detalle, porque eso tú ya te lo has de imaginar, pero cuando acabamos me sacó de la cama y me llevó al trascorral, donde la peste se concentraba en un bulto envuelto en hojas de plátano y metido en un costal de yute. Ahí está mi marido, dijo la mujer, ya te lo había contado pero veo que no me hiciste caso. Me lo eché porque él me quería matar a mí. Se me paró enfrente y yo no lo iba a dejar que me abaratara. Él estaba muy en ello, así

que le di una patada en los huevos y luego un chingadazo en el hocico y luego con una silla en la cabeza y otra patada en el pecho que yo creo que fue la que lo enfrió. Eso fue hace tres días y ya no se aguanta la peste. Lo metí aquí pero quiero que me ayudes a enterrarlo, Fortunato, por lo que más quieras.

A mí me agarró una como temblorina que no sabía cómo controlar, así que para calmarme me pesqué de un árbol pelón que por ahí estaba. Le dije que sí, que cómo no, pero la verdad nunca había enterrado a ninguno de los que había matado en la runfla. Me quedé como diciendo ¿y qué hago yo aquí? Pero la muchacha empezó otra vez a llorar y, bueno, sé que las viejas luego lloran de todo y son cabronas, pero se combinó con que ésta estaba linda y parecía la pura verdad.

Esperamos a que se hiciera de noche, me cargué el bulto a la espalda y emprendimos carrera al cerro. Bueno, es un decir, ¿verdad?, porque apenas di unos pasos me di cuenta de que no iba a poder cargar por mucho tiempo el cadáver. Lo dejé por ahí tirado y regresamos a la casa, donde buscando buscando dimos con una carretilla donde montamos el bulto para mejor jalarlo. ¿Pues cuánto pesaba el finado?, le pregunté, y ella me dijo, era grande como tú, ¡pero con una timba! En un planito del monte empecé a hacer el hoyo, apalé la tierra con cuanto tronco pude y cuando malicié que ya cabría lo dejé caer y, sí, ahora era cosa de aventarle otra vez todo encima. No me quedó muy bien tapado, pero por lo menos no se echaba de ver y ya casi no apestaba. Apenas regresamos, el ánimo de la mujer había cambiado por completo: y hay que decir que se veía todavía más chula rionda y alegre que toda apachurrada. Me platicó de su marido, me dio muchos besos y me hizo unos frijoles bien sabrosos. Yo me sentía tan bien que hasta tardé en reportarme con mi coronel dos días más, aunque yo sabía que íbamos a estar en esa plaza como una semana.

Nos dábamos unos agasajos de comida y de cama que ya yo me veía de la mano de ella por todos los pueblos que íbamos barriendo. La verdad es que nuestra tropa era muy numerosa, estaba bien armada e inspiraba miedo. Ella, por su parte, tenía un changarro que le atendían dos muchachas, así que no se le notaba mucha urgencia de dinero. No tuve que convencerla de que me acompañara, porque ella ya me hacía hasta lavados de pies y tecitos de yerbamadre para los muchos gases que siempre me cargo. Decía que hasta dejaría encargados a sus hijos, si los tuviera, con tal de ir tras de mí, con mayor razón su tienda de abarrotes.

Cuando llegó el momento de irnos del pueblo, ella se arregló muy bonita y todos en la bola me gritaban pendejada y media, pero yo los veía retorcerse de la envidia porque no era fácil levantarse una vieja buena y espigadita al mismo tiempo entre tanto pueblo pelón. Unos se iban a pie, otros en los caballos y algunos nos íbamos a adelantar en el tren con el cargamento.

Aquella vez los pueblos a que llegábamos ya estaban vencidos de antemano, porque los dieguistas habían arrasado con todo y a nosotros nos tocaba nada más fortificar cada plaza en un viaje de reconocimiento y seguridad. Irse en el tren, entonces, no era exponerse a emboscadas y hasta era más seguro, así que agradecí que nos tocara movernos así. En el camino paramos en un pueblito donde vendían ciruelas grandes y jugos de granada. Como ella quería de las dos cosas, yo me acomodé a ir por ellas. La viejita de los jugos no tenía cambio y se tardó mucho en traerme el vuelto. Yo ya veía que los vagones empezaban a alistarse para emprender la marcha y la viejita no regresaba. Cuando vino, ya el tren agarraba su paso y aquella mujer se asomaba por la ventana y me gritaba: ¡Fortunato! ¡Fortunato! ¡Apúrate, hombre de Dios! ¡Espérenlo! ¡Espérenlo! Me sorprendí corriendo tan lentamente hacia el vagón que me sentí de pronto como en un sueño, como cuando sueñas que hablas con alguien y tiene otra cara o abres una puerta y te encuentras en un cuarto desconocido. Me di cuenta luego que lo que pasaba es que no quería alcanzar el tren, quién sabe por qué, y entonces hice como que corría a más no poder, me llenaba de gestos la cara para que ella, asomada a la ventana como estaba, pensara que me empeñaba en alcanzarla, pero yo iba viendo con gusto cómo el tren se alejaba. Fue así como me volví civil y dejé la revolufia, con estas dos traiciones, a la mujer y al ejército, de las que no me arrepiento, ve tú a saber por qué. Y ya nada más para acabar te diré que mi rumbo cambió para siempre, ahí aprendí a ser hombre, a los veintidós años.

Casi inmediatamente el abuelo se calló y se quedó dormido. Era bien huevón. Yo ya no tenía ganas de ayudarlo a morir porque, sin entender los motivos de Papacito Nato, sentí que yo también había renacido un poco esa noche.



Sabiduría natural

María Elena Sarmiento

En el parque nacional de Kruger en Sudáfrica, se reunieron un día los representantes de muchos animales que habitan la reserva. Los cinco grandes ocuparon sus posiciones de privilegio. Los demás, se acomodaron donde pudieron.

—Nginguye inkosi —rugió el leopardo.

—Kuvuyisa gqitha abameli bezilwanyana ezininzi apha —silbó la suricata en un tono simpático que les hizo gracia a varios.

—Dit het nie gereën nie. Ons moet water bespaar —bramó el hipopótamo, molesto porque el elefante había metido su trompa al agua para refrescarse.

—Jaaka basha —se quejó la hiena en un tono lastimero que en nada parecía una risa.

—Thuso. Lekgwava bolauwa —graznó el cuervo, que se notaba asustado.

—Hambi wo famba enkovani lundzu ri ta vonaka — susurró la cebra, como quien confiesa un gran secreto.

—Jaaka basha — gritó la hiena, aparentemente desesperada.

—Ube nelilanga lehlile! —silbó la cigüeña malabú a forma de despedida, pero la mirada fulminante del jaguar la hizo quedarse en su lugar.

El elefante, dolido porque por tamaño y preponderancia, él consideraba que debería haber sido el primero en expresarse, intervino:

—If we join together, we can finish the carnivores' predominance. Those of us that eat vegetables, can be much happier.

—Ha hoa lokela ho ja bana ba rona pele ba khona ho hōla le ho ba le bophelo. Ba nahana hore ba bo-mang? —intervino el antilope, que sí había entendido al fin un poco de lo que el elefante había sugerido.

Los demás miraban a cada uno que tomaba la palabra, pero no entendían nada. Se estaban desesperando y los más débiles se preparaban para correr por si los fuertes decidían comérselos.

—Jaaka basha —insistió la hiena y varios pajaritos emprendieron un vuelo nervioso aunque al poco rato regresaron a posarse cerca de donde estaban.

—Usale kuhle —bufó la grulla del paraíso en su camino de salida. No se iba a quedar a ver lo que ya vislumbraba como una verdadera carnicería.

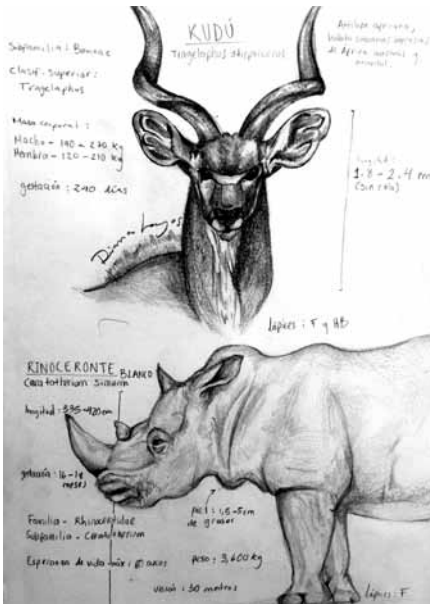
Al ver al animal más emblemático de Sudáfrica abandonar las tierras del posible tratado, la cebra subió a un montículo y tomó la palabra:

—Tuve un sueño, más bien una pesadilla. Mis rayas blancas y negras se odiaban entre sí, como ustedes. No se conocían ni se entendían y un día decidieron ponerse a luchar unas contra otras. Yo me desangraba. Por eso pido por la paz, hermanos. La paz.

Mandela abrió los ojos. La naturaleza le había hablado y él la había sabido escuchar.



Paúl Núñez



Apuntes de Sudáfrica II, de Diana Lazos



Apuntes de Sudáfrica I, de Diana Lazos



Estacional II, de Sabina



*Muchacha en la ventana (Reinterpretación),
de Sofía Fernández Turueño*



Tonos menores de perla, **Andrea Fischer**



Estrago, **de Leslie Valencia**



Estacional I, de Sabina



Sin título, de Rodrigo A. Trucchi



Sin título, de Rodrigo A. Trucchi

Abril está en otra parte

Luis Felipe Lomelí

Mónica dice que una siempre sabe con quién se mete, que negarlo es hacerse pendeja. Me lo dice a mí, aunque lo diga en femenino, ahora que trato de explicarle en detalle por qué me separé de Abril. O, más bien, que trato de decirle que yo no me esperaba eso, que aún me duele, que si no fuera porque Ernesto me lo advirtió yo habría tratado de solucionarlo de otra forma y, seguramente, habría sido peor. Aún tengo la última imagen, todos los días me atosiga y yo lucho para que ésta no me arrastre como un tráiler por una calle de piedra. Por eso quiero contársela a Mónica, para ver si así me deshago de los recuerdos.

Tomamos un café por la mañana en Chapultepec. Es temprano y el camellón aún no se colma de adolescentes en patineta; sólo pasan, a ratos, algunas personas con pancartas. Yo casi no he tocado mis chilaquiles por estar hablando, pero no hay prisa, ella no se va a desesperar y a preguntarme que si no tengo hambre, que si se los puede comer. Mónica está a dieta perpetua porque después de los treinta ya se sabe, no es como Abril que lo devoraba todo y luego se metía a un régimen de espanto que la llevaba al baño a hurtadillas después de cada comida. Así que lo tomo con calma y le repito, trato de explicarle, que no, que yo no lo sabía, que no tenía ni la más reputa idea de que eso pudiera pasar.

—Detrás de cada persona hay un monstruo, Miguelito, eso ya lo deberías de saber—sentencia Mónica, en masculino porque se trata de monstruos, por supuesto, mientras mueve con el tenedor una de las rebanadas de papaya en el plato (eran cinco, quedan tres)—. Pero lo que yo digo es que una siempre sabe cómo es ese monstruo, ¿no me vas a decir que no te lo esperabas, Miguelito?

Miguelito, otra vez, ya no estoy acostumbrado a que me digan así. Ahora «Miguelito» es mi hijo, aunque no me gusten los diminutivos. Miguelito, Miguel, al que tuvo a bien mi madre en cuidarme hoy día para venir a desayunar con Mónica. Pienso en ella, creo que soy como ella, como mi madre. Porque a pesar de los casi treinta años de diferencia, estoy repitiendo sus pasos: me relaciono con puras mujeres y hombres divorciados (más con mujeres), corro de la casa a la primaria y luego al trabajo y de ahí a la primaria de vuelta y de camino a la casa me detengo en la cocina económica, como en chinga con mi hijo, le doy todos los pormenores de lo que tiene que hacer por la tarde, se queja, le explico con una paciencia que no sé de dónde mierdas me sale, le digo que él es el encargado de la casa, que ya está grandecito, que no puede hacer

pendejadas porque se lo carga el payaso y yo no puedo andar saliéndome de la chamba a cada rato porque me correrían y, entonces sí, no tendríamos ni para comer ni para comprarnos la nueva versión del juego de comandos militares para la computadora. Y después, cuando regreso por la noche, le pregunto cómo le fue, arreglamos lo que haya que arreglar y encendemos las computadoras en red para darnos en la madre virtualmente hasta que se hace la hora de dormir y besitos y hasta mañana. (Con mi madre y mi hermana jugaba a las cartas, o al *Scrabble*, o a lo que se nos antojara cada noche.)

Mónica también está divorciada, como mi madre, como mi hermana, como la mayoría de mis amigas y compañeros de la carrera.

—Es que así debe de ser, eso de *toda la vida* es algo muy anticuado —me responde, dándole vueltas a su rebanada de papaya, cuando le pregunto si tanta separación no será un síntoma de este tiempo tan jodido—. Pero no te me distraigas, Miguelito, no te pongas de moralista; estábamos con que te estabas haciendo tonto con Abril.

No me distraigo: ella me distrae. Dije eso al vuelo porque quiero contarle lo que me pasó y no tengo intenciones de dilucidar qué tan capaces somos para andar adivinando el futuro, para saber qué sucederá con una persona. Para Mónica es simple, aún no me ha dicho cuál fue la última razón que precipitó el divorcio de su ex tormento —como dijeran las de la generación de mi madre—, pero no hace falta: el hombre estaba loco, desquiciado. Eso lo sabíamos todos y eso, exactamente, fue lo que le gustó a Mónica. No porque quisiera salvarlo ni nada por el estilo (aunque quién sabe) sino porque representaba para ella toda liberación posible: de sus padres, de la sociedad burguesa contemporánea, de la sexualidad reprimida (al fulano le encantaba que ella se metiera con otros y otras siempre y cuando le contara cómo estuvo), y no sé de qué más ondas que ella creía que la encadenaban. Pero para mí no. Y tiene razón, soy moralista, tantos años con jesuitas y luego con maristas no podían quedar en el olvido.

—No, güey. El asunto no es tan fácil. Abril parecía una persona normal, tranquilita, ni siquiera me di cuenta del pedo del Rivotril hasta que estalló.

Vuelvo a la imagen: la cocina-comedor de la casa, comemos Miguel y yo; ella entra en silencio, tiene las pupilas dilatadas.

—No mames, Miguelito, cómo no te ibas a dar cuenta... Y no me

digas güey, pinche machista –su rebanada de papaya se rompió, se le queda mirando un momento como si estuviera a punto de reclamarle, luego cambia el tenedor a otra de las dos rebanadas que siguen completas y continúa haciendo circulitos.

–En serio... En todo caso las señales se podían confundir con cualquier otra cosa. Deja te...

–Ajá –circulitos, circulitos; la otra mano juega con un mechón de cabello y se vuelve a sonreírle a un fulano con facha de intelectual o de reportero que acaba de llegar al café y pide «lo de siempre, Jacobo» al mesero que levanta sonriente el pulgar y le da el periódico antes de irse rumbo a la cocina.

Oquéi, oquéi. Pero cuando me di cuenta ya era muy tarde y fue difícil sacarle la sopa a Miguel porque...

–¡Qué!

–Que cuando me di cuenta era tarde por...

–Ya ves, ya ves, te digo: una siempre sabe –deja el tenedor y pasa su mano por el hombro, mirando al fulano con barba de tres días; él devuelve la mirada, sonrío, luego regresa a su periódico y lo hojea como si leyera ahí algo más que el común de los mortales.

–No, te digo, es difícil saberlo por anticipado. Lo que me llamó la atención fue que Miguelito *se cayera* tan seguido.

–¿Por qué, eh? –sigue mirando al fulano, de arriba a abajo, los zapatos de gamuza, el pantalón de pana.

–¡Cómo que por qué, güeeey! No es normal que un niño se caiga tan seguido a menos que esté pendejo. El problema es que por mi chamba yo casi no podía estar en la casa y no podía hablar con él, güeeey–levanto un poco la voz, acentúo la última palabra.

–Ajá –responde Mónica mientras le sonrío otra vez al intelectual que acaba de recibir su café de manos de Jacobo.

–No mames, pinche Mónica, ni me estás poniendo atención por andar coqueteándole a ese cabrón: ya van dos veces que te digo...

—¿A poco no es lo mejor?

—¿Qué?

—El divorcio.

—¿Qué?

—Sí, una es libre de hacer lo que quiera sin tener que rendirle cuentas a nadie: es el estado perfecto. Pero bueno, bueno, me estabas diciendo...

Respiro. Una, dos veces. Tomo un bocado de mis chilaquiles que ya están medio fríos y saben de la chingada. El fulano que cree entender al mundo se levanta de su mesa y viene para acá a pedir un encendedor. A mí ni me mira. Mónica, que no fuma pero carga con todo lo que considera necesario, se apresura a sacar de su bolsa un encendedorcito muy nais. Sonríen. Comentan algunas cosas: A qué te dedicas/ A mí también me caga Guadalajara/ ¿Viniste a la manifestación?/ Tengo 31 años.

No existo. Es igual que en la chamba: a nadie le importa quién se jodió el lomo cuidando la seguridad de la red que utilizan a diario. Igual que mis señores ex jefes no entendían (y mis jefazos actuales tampoco lo entienden) que yo podía hacer el mismo trabajo en casa y, si así hubiera sido, desde antes me hubiera dado cuenta de cómo estaban las cosas con Abril. De sus frustraciones que terminaban contra la cara y los brazos de mi hijo. Se cayó. Porque sí, la cagamos, por contar mal los días quedamos embarazados antes de terminar la carrera y no nos atrevimos a abortar. Pero supuestamente, por común acuerdo, decidimos que no queríamos tener un hijo de guardería, que eso estaba de la chingada. Pero que no había problema porque para cuando el niño ya fuera al kínder entonces Abril volvería a sus clases y terminaría su licenciatura, y entraría a trabajar, sólo que...

—Perdón, perdón, ¿me decías? Es que este niño está guapísimo, ¿sí lo viste?

—Ei —respondo pensando que fue una estupidez venir, que mejor me hubiera ido con Miguel a andar en patines a la Vía Recreativa.

—Híjoles, es un cuero, y se ve que ha de ser bien inteligente ¿verdad? Pero bueno, ya ya, ¿qué me decías?

—Te decía que tienes razón —le respondo con flojera—. Desde el inicio yo sabía que Abril estaba loca, nomás que no me quería dar cuenta

—Ya ves: te lo dije. Siempre es así. Y, bueno, no estás tú para decirme ni yo para saberlo, pero ¿has sabido algo de ella últimamente?

—No —miento— hace unos días hablé, después de un mes de ausencia, porque quería ver a Miguel; pero él se pone muy mal cuando esto sucede, así que le dije a ella que lo arreglara con la trabajadora social.

—«¡Eres un hijo de puta!», —me gritó. —¡Me quitaste mi vida y ahora también me quieres quitar a mi hijo! Y le dio un madrazo al teléfono, uno como los que le ponía a Miguel.

Vuelvo a la imagen: Miguel llora, Abril está parada atrás de él, sonriente.

—¿Y ya estás saliendo con alguien?

—¿Qué? —pregunto más por asombro que por sordera.

—Que si estás saliendo con alguien.

—No. No, no.

—Pues deberías, ¿eh? Por eso traes la cara que traes, lo que...

Mónica sigue hablando. Pasa gente con pancartas, también punketos. Miro al primer eskato en el camellón, al rato habrá tantos como un enjambre. Mónica me pregunta algo más pero no la escucho. Ya no me apetecen los chilaquiles y espero cualquier oportunidad para largarme. Llega: ella se vuelve hacia el intelectual y ambos brindan con la taza de café. Perfecto. Le digo que me voy, que mi madre tiene un compromiso y tengo que ir a recoger al chaparrito.

—Ay, Miguelito, pues ¡ánimo! Vas a ver que todo va a salir bien. Luego platicamos con calma, pero por lo pronto aliviánate, sonríe, ya va casi medio año y tú sigues con tu jetota en lugar de sentirte feliz, liberado. Fue lo mejor que te pudo pasar, mírame a mí, o a Ernesto: ya ves lo contento que está él también.

La dejo. Tal vez podría hablarle a Ernesto y relatarle todo de nuevo. Sobre la mesa quedan los chilaquiles que casi ni toqué y las rebanadas de papaya. Espero al muchacho del valet parking. Miro un cartel pegado al poste de teléfonos, tiene el mapa del mundo al revés, con el Sur arriba y dice: «Otro mundo es posible».

Vuelvo a mirar a Mónica, quien dialoga ahora de mesa a mesa con el tipo que ha de ser bien inteligente. No era un buen momento para hablar, justifico, para contarle cómo fue que comencé a sospechar que los golpes no eran accidentales, decirle del trabajo que me dio lograr que Miguel me dijera lo que pasaba, y luego discutir con Abril para tratar de entender qué carajos le sucedía, por qué hacía eso; y al principio nada: se cayó, de veras mi amor. Y duro y dale hasta que un día, cuando regresó de con su amiga la siquiatra, se puso como pantera y se soltó a mentarme que todo era culpa mía, que había acabado con su vida, que ella no podía realizarse profesionalmente como yo y sí, sí, a veces lo golpeo porque no entiende nada, está tonto tu pinche hijo, yo ni lo quería. Intenté decir algo en ese momento, pero pronto me di cuenta de que yo solo no llegaría a ningún sitio. Para qué explicarle que también me pesaba, que a mí me importaba un carajo realizarme profesionalmente —para lo que se puede lograr en este mundo sin futuro, para los putos trabajos que he tenido— y que estaría encantado de que ella lo hiciera si pudiera encontrar algo que por lo menos ajustara para comer los tres, pero no, no, ya cuando Miguel entró al kínder ella no quiso volver a las clases. Nada. Y yo sumido entre las computadoras de la compañía sin tener idea hasta ese día en que me lo dijo. Entonces intenté con un par de sicólogos y hasta con un sacerdote y luego decía que sí, que ya no lo iba a hacer, pero volvían a aparecer los hematomas. Así hasta que Ernesto me dijo que tuviera cuidado, que si en el kínder llegaban a sospechar violencia intrafamiliar, el que llevaba todas las de perder era yo. Entonces, con todo el tacto que pude, convencí a Miguel de que tenía que decirle lo que pasaba a un señor que nos iba a ayudar. Y fuimos: ésa fue la primera advertencia legal que recibió Abril. Estuvo tranquila alrededor de tres meses. En ocasiones la veía con las pupilas dilatadas, pero, como eso sólo pasaba por las noches, yo supuse que era por la falta de luz y no sospeché que su superamiga la siquiatra le estuviera dando recetitas de Rivotril. No me di

cuenta. Aunque tiene razón Mónica, quien ahora está en la mesa del intelectual fumador, debí saberlo.

Por fin llega el muchacho del valet parking con mi coche. Le pregunto por qué tardó tanto y me responde que hay una manifestación frente al consulado gringo. Le doy diez pesos.

—Aquí en chinga a la izquierda, patrón, pa' que no se tope con el desmadre.

Conduzco. Vuelvo a la imagen: Abril como loca, como un monstruo, como nunca la había visto, es mediodía, estamos en la cocina-comedor de la casa, Miguel juega con un par de monitos sobre la mesa mientras yo preparo unos macarrones con queso de cajita antes de volver a la oficina porque Abril no hizo nada, ella aún no está ahí, sigue tumbada en la cama como cuando llegué y dijo que no se levantaría más; le sirvo su plato a Miguel y le digo que deje de jugar porque es hora de la comida, sirvo el mío, aparece Abril callada, con la cabeza gacha, llega al fregadero, se vuelve, camina hacia nosotros, tiene las pupilas dilatadas, mira hacia Miguel que está haciendo un batidillo de su playerita con los macarrones,

«¡Estoy harta de ustedes, harta!», de un sopapo estrella la cara de Miguel contra el plato, saltan algunos macarrones, caen los monitos que estaban a un lado;

«¡Qué te pasa!», me levanto, Miguel se limpia la cara con sus manitas, le escurre sangre de su nariz entre las plastas de queso, comienza a llorar, Abril está atrás de él, sonriente, a punto de pegarle otra vez, la detengo, «Mi amor, tranquila», «¡Tranquila tu madre, cabrón!», se zafa, corre hacia el pretil, jala el cajón de los cubiertos y toma un cuchillo, se abalanza, «¡Te voy a matar, pendejo!», Miguel llora, Abril me lanza un tajo sin puntería y logro detenerle el brazo por la muñeca, se sacude, Miguel llora, le tuerzo el brazo a Abril, me golpea en la cara, en el pecho con la mano libre, logro que suelte el cuchillo, me escupe, Miguel llora, Abril me mira con odio, me da con la rodilla en el muslo y de un trancazo la mando al piso, voy a golpearla de vuelta, está temblando, encoge las piernas, llora, Miguel llora, lo veo, tiene la cara revuelta entre sangre y queso, camino hacia él, lo cargo. «No pasa nada, chaparrito», sin dejar de observar a Abril: tomo el teléfono.

Conduzco. Conduzco por Vallarta: sí, voy bien. Ni siquiera me fijé si había o no manifestación frente al consulado gringo y ya pasaron varias cuadras. Estuvo bien que no le dijera nada a Mónica, no era el momento, ella estará más contenta, seguro, ligándose a su intelectual. Tal vez tiene razón y yo soy un pinche moralista, porque yo no me siento liberado ni contento porque mi matrimonio se haya ido a la verga. A lo mejor todo radica en la educación jesuita, o en que yo soy hijo de divorciados y el divorcio es repetir el fracaso. No sé. Tampoco me hace feliz la idea de que Miguel sonría mucho menos que los demás niños.

Miro otro póster con el mapa al revés.

Miguel pregunta poco por su mamá; pero si lo vuelve hacer le diré que está en otra parte, que ella sigue de viaje.



Paúl Núñez

Ejercicio de castidad

Erick Alfredo Fuentes del Río

No podía dejar de pensar en Ramón, con quien intercambiar sandwiches, jugar con el play y apostar tazos, se volvía lo más padre del mundo; la persona que aparecía en mi mente cada cinco segundos y me causaba cosquillas en el pecho.

Nos hicimos amigos porque yo siempre estaba sentado en clase de deportes. Ramón era pésimo corriendo y no le gustaba que los demás lo molestaran por ser tan lento. Se sentaba conmigo y trataba de hacerme plástica para que me riera. Si el maestro se acercaba para regañarlo, yo fingía un ataque de asma y en automático le daba permiso de quedarse conmigo. Luego descubrí su olor, un aroma que me ha perseguido por siempre, un perfume hecho de ropa recién lavada y de sudor, de hojas machacadas y empanadas hawaianas, de juegos y aventuras. Cerraba los ojos y me ponía detrás de su nuca. Él reía y decía —Me haces cosquillas, ¿qué tanto haces, loco? —Y yo contestaba —: Huelo.

Cuando mi gato murió, juntos planeamos su funeral. La caja de vieja de Zapatos Flexi se convirtió en un ataúd. Cortamos geranios, aretillos, jazmines y rosas, los apilamos sobre la caja. Excavamos un hoyo. Mientras metíamos la caja en la tierra, empecé a llorar, quise controlarme, pero no pude. Los mocos y las lágrimas se mezclaban en mi cara, no dejaban de fluir, no me dejaban ver bien. Quise quitármelos con la mano. Ramón me detuvo —Está sucia—. Luego agarró su camiseta, la acercó a mi cara —.Ten, usa mi playera—. Sus palabras pararon mis chillidos. Conforme me fui limpiando la cara mi visión se aclaró. Ramón, en ese momento, arrugaba la nariz asqueado por los mocos embarrados en su ropa. Un vacío se formó en el centro de mi pecho. Era como si parte de mis pulmones se cayera a pedazos, formando un abismo alrededor de mi corazón.

—Guácala, eres un cochino, me dejaste lleno de mocos.

—Cállate, tonto—, fue lo único que se me ocurrió responder. En eso, a pesar de que mis lágrimas seguían fluyendo, empecé a reír.

Por un tiempo tuve una especie de diarrea verbal, que se detonaba cuando alguien hablaba de Ramón o no mencionaba a Ramón. Las visitas entre nuestras casas eran constantes. Un día vinieron a recogerlo a nuestra casa. Mi papá y yo lo acompañamos a la puerta. Me despedí de él, lo abracé y me detuve por un segundo a oler su cuello. Quería que su aroma se me quedara en la cabeza, oculto en un lugar tan profundo para que nunca desapareciera de mi mente.

En la noche, mi papá y yo veíamos la tele en el cuarto. Durante los comerciales él la apagó. No parecía el mismo de siempre, cuando veía Los Simpson era más alegre.

—Hijo, ven, quiero hablar contigo—. Me acerqué, no tenía idea de qué había hecho o qué no había hecho—.Hijo, a ti... ¿te gustan las mujeres?—. Un malestar me recorrió el espinazo de cabo a rabo. La pregunta me asustó, pero de todos modos supe cuál era la única respuesta que yo podía dar, dije

que sí. Pero no entendía por qué preguntaba, por qué con ese tono, como si yo hubiera hecho algo malo, como si él tuviera que castigarme.

Mi papá me dio una palmada en la cabeza, luego, me miró:

—Hijo, Dios te hizo hombre para que te gusten las mujeres. Si no te gustaran, lo estarías ofendiendo, ¿sabes?

Desde ese momento tuve miedo de Dios. Sentía sus ojos sobre mí a donde quiera que iba, dándose cuenta de lo que pensaba. Ahí estaba Ramón que se había vuelto algo podrido, como una fruta deliciosa que se echa a perder a los pocos días. Pensar en él me daba miedo. Tenía pánico de mi papá y de Dios, porque si olía de nuevo aquel aroma o veía la cara que hacía palpar mi corazón, ellos saldrían perdiendo. No quería ofender a Dios, no quería traicionar a mi papá, porque <<los hombres no sienten afecto por otros hombres>>.

Huí de Ramón. Ya no hubo juegos de video ni pijamadas, tampoco había palabras que le dieran risa ni cosquilleos detrás de la cabeza; y su olor se volvió nauseabundo, como el de los perfumes que venden afuera del metro. Lo evité hasta que dejé de hablarle. Pero un día, mi cuerpo me pidió que fuera a hacer pipí. Cuando empecé a orinar, Ramón entró al baño, pensé que era una fuerza imposible de detener, como mi pipí o lo que sentía por él. Se paró al lado de mí e hizo de la chis también. Estábamos uno al lado del otro. Intentaba mirar a otra parte, no quería encontrar sus ojos. En el baño sólo se oía el ruido de los chisguetes rebotando contra el fondo del orinal. Mientras nos lavábamos las manos, Ramón me vio de reojo en el espejo:

—¿Por qué ya no me hablas?— Me quedé callado. Traté de poner la mejor sonrisa que pude.

—No es eso, sólo que ya no nos hemos visto tanto—.

Se secaba las manos.

—Puedes venir a mi casa a comer hoy si quieres, vamos a hacer hamburguesas, como las que te gustan.

Mis orejas se pusieron calientes:

—¿Vas a venir?

Moví la cabeza de arriba abajo, ni supe por qué lo hice.

—Nos vemos en la salida y le decimos a tu mamá—, se despidió.

Al final del día, Ramón me esperaba cerca de la entrada, juntaba los pies y se pisaba las puntas de los tenis. Le dije que me habían dado de ganas de ir al baño otra vez y aproveché para esconderme. Me repetía en la cabeza que chance y Dios no me veía, o que si pedía perdón no pasaba nada. Pero mi papá iba a saber. Aunque mi mamá no le dijera a dónde había ido, olería mi piel y, como un perrito, se daría cuenta de todo. No me daba miedo que me pegara o que me dijera puto, eso me lo dijeron otros niños en la escuela y no me importaba. Lo que más me asustaba era su silencio, que me dejara de hablar, que me volvería invisible para él, como si no existiera.

Ramón era el que tenía que ser invisible, no yo, era él el que tenía que dejar de existir. Esperé a que un grupo de niños pasara. Entre el ruido, y con lo distraído que era Ramón, no me vio salir de la escuela. Sabía que mi mamá

y sus nervios no le permitirían llegar ni un minuto más tarde a recogerme. Me subí en cuanto vi el coche. Apenas me senté, ya con el cinturón de seguridad puesto, grité: ¡Arranca! En lo que mi mamá ponía la marcha, me fijé en la puerta de la escuela. Ramón esperaba, y mientras esperaba se encorvó, como si fuera una flor a la que no le ha dado el sol.

Al otro día ya no hablamos, actuamos como dos desconocidos, cada quién en su pupitre sin ver al otro. Los últimos meses de primaria se volvieron iguales entre sí, no podía diferenciar uno de otro, todos me parecían llenos de fastidio y de lentitud. Quería que acabaran de una vez, para no ver nunca más su cara, sus manos largas y huesudas, su nariz perfec... ¡para no volverlo a ver nunca más! La espera germinó como un frijolito en un frasco de Gerber. El tiempo que era de algodón húmedo hizo que nuestra separación echara sus primeras hojas. No me importaba que no lo vería de nuevo, que fuéramos a secundarias distintas, de verdad, lo digo de corazón. Ya me había compuesto, lo juro.

Ya casi era la hora de la salida. Como era el último día, todos los de sexto se firmaban las playeras de la escuela. Los niños se volvían amigos ese día y olvidaban los cerbatanazos de baba o los mocos embarrados. En el reloj del salón era la 1:30, todos los del grupo tomaron sus cosas y se fueron. Me tardé en salir. —¿Puedo firmarte la playera? —Habló una voz que conocía mejor que la mía. No dije nada, cuando lo vi ya había cogido un marcador negro. Trazaba líneas fuertes sobre mi espalda. No quise ponerme triste, así que le dije que yo también iba a darle una firma. Pero él no esperó, salió corriendo del salón. Sólo quise ver lo que me había puesto. Junto al dibujo de un gatito estaba escrito: <<Con amor, Ramón>>. Quise alcanzarlo. Corrí sin playera por la escuela, bajé las escaleras como loco, pero no pude verlo por ninguna parte. No sabía buscar; nadie me podía ayudar a buscar. Me quedé ahí, con los puños apretados. Regresé al salón, tomé mi mochila y, sin darme cuenta, empecé a llorar.



La mujer del jardín

Susana Corcuera

La niña descubre a la mujer en el jardín. Está vestida con una falda de gamuza, una blusa blanca y un suéter que le queda grande. Se ve cómoda, también en paz. Al lado del árbol de aguacates ha dejado un jarrón de porcelana en donde guarda la fruta de cáscara lisa y negra. La niña no alcanza a distinguir el símbolo al interior del jarrón, pero sabe lo que es, lo conoce bien. Esta vez es verdad. Baja corriendo la escalera hasta llegar al jardín, luego se detiene a una distancia prudente.

—Mamá —dice en voz baja, y ella le sonríe. Sólo entonces se atreve a dar unos pasos—. Regresaste.

—Aquí he estado siempre, a veces detrás de las hortensias, otras en las ramas del pirul.

—Si te toco, ¿vas a seguir aquí? —la mujer se ríe y cuando la abraza los aguacates ruedan por el pasto. Siente los huesos de su columna y huele el olor a flores de naranjo que reconocería en cualquier parte.

—No es un sueño, ¿verdad?

—Si lo fuera, ¿qué diferencia haría?

La niña se pellizca con todas sus fuerzas. Duele.

Lo primero que hace al despertarse es revisarse el brazo. El moretón está ahí. Suspira de alivio y vuelve a dormirse.



Paúl Núñez



Ganadores

PRIMER CONCURSO

DE NELSON MANDELA EN LA CATEGORÍA DE

Prosa

Nelson Mandela
Centenary
2018
Be the Legacy



República de Sudáfrica



El día de la libertad

Roberto Omar Román

*Primer lugar del Primer Concurso
de Nelson Mandela en la categoría de Prosa*

Llegó a tiempo para presenciar el fusilamiento. Cinco hombres vestidos con bermudas a cuadros rojos con rombos amarillos, playeras negras y zapatos de minero apuntaban sus carabinas al pecho de su padre. Y otro, con insignias de coronel en el desteñido saco verde oliva y un machete en alto, estaba inmediato a gritar la orden de ¡Fuego!, pero al verlo llegar hizo un enfadoso ademán de pausa.

Nervioso, pasó con lentitud frente al destacamento, sintiendo la cara estallar de vergüenza. Los espectadores de la primera fila, los que pagaron boletos más caros, en su mayoría sexagenarios ávidos de crueldad, maldijeron y lo siguieron con mirada rencorosa hasta que tímido ocupó un lugar en las gradas superiores, justo donde un vendedor ofrecía calaveritas de chocolate con el nombre de su padre grabado con letras verdes de azúcar. Tres hileras abajo divisó a su hermanita sentada en las piernas de su madre, lamiendo una paleta de caramelo. En las butacas centrales reconoció a los vendedores de muebles a domicilio, junto a los abarroteros de la colonia, observando con binoculares. Los recordaba por sus violentos reclamos de abonos atrasados y víveres fiados, cada quincena. A unos vecinos que odiaban a su padre por haberles robado, aunque nunca quedó demostrado, un par de gallinas criollas, los localizó en palcos de segunda, filmando.

Miró a su padre: pálido, flaco, erguido con dificultad, atado de manos a la espalda, con los ojos vendados y sosteniendo en los labios temblorosos un cigarro encendido. El coronel sacó un pañuelo mugroso y se enjugó con brusquedad el sudor de la cara. Consultando despreciativo el reloj, se talló las sienes hasta enrojecerlas. Tenía prisa en terminar y largarse a tomar cerveza.

El comando ejecutor: cinco tipos enclenques de bajo perfil castrense, debían pararse en las puntas de los pies para alcanzar la altura reglamentaria en un fusilamiento. Sostenían carabinas de museo, remendadas con emplastes de madera y caucho.

Temía que su padre no muriera de inmediato y tuvieran que rematarlo a cuchillo como a un perro. La cláusula principal especificaba en el contrato de ejecución una descarga de cinco disparos al pecho. Y, en caso de sobrevivencia, decretaba la ultimación con arma punzante infligida por su familia, con la penalización de ser considerado como un homicidio consensual. Por otra parte, de no morir a tiros, lo familia se obligaba a devolver al público defraudado el doble del importe de las entradas y a enfrentar cargos por prejuicio moral a

terceros, aunado a que la viuda heredaba las deudas del condenado.

La voz insulsa del vendedor de dulces le recordó cuando su padre lo premiaba con pastelillos y frituras por obtener buenas calificaciones. Y él, en realidad lo que deseaba era dinero para comprar cigarros y fumarlos a escondidas con sus amigos en el baño de la escuela.

El dinero siempre escaseó en casa; en cambio, las frecuentes discusiones de sus padres abundaron en insultos y soeces reproches. La madre, histérica, con los puños en alto juró a sus hijos la liberación.

El coronel exigió silencio raspando corajudo la punta del machete en el piso y aprisa concluyó el protocolo de fusilamiento.

Luego de un breve silencio de admiración, los asistentes aplaudieron. El clamor se intensificó cuando, en cumplimiento a la última cláusula del contrato, el hijo retiró el cigarro del cadáver y terminó de consumirlo. Los eufóricos vendedores de muebles a domicilio lo abrazaron y le mostraron catálogos de aparatos electrónicos, los abarroteros le ofrecieron paquetes de cigarros a crédito. La jubilosa viuda se paró sobre su butaca, y soltando un par de gallinas flacas ocultas bajo su faldón gris, gritó a toda voz ¡Qué viva la libertad!

Antes de despedirse, uno de los tiradores arrebató una calaverita al vendedor de dulces y la obsequió a la hermanita. La madre besó la mejilla del coronel, le arrancó las insignias y coqueta le preguntó si le invitaba una cerveza.



Paúl Núñez

Sayec

Gisela Santibáñez Calderón

*Segundo lugar del Primer Concurso
de Nelson Mandela en la categoría de Prosa*

Era mayo, el mes en que crece la rosa de Damasco. La vio en el muelle. La siguió cuando tomó la calle empedrada que lleva a la plaza central.

Cabello suelto, ágil caminar, vestido floreado, piernas de poema. Entró en la casa con el número 17. La tarde del siguiente día se paró ahí y esperó.

Cuando la vio era de noche. La espera valió la pena.

A los tres meses entretejieron su suerte. Poco antes de su segundo aniversario llegó la noticia. En el vientre de Romina crecía Sayec. Romina amamantaba al pequeño cuando empezaron los bombardeos. Al poco tiempo Emilian perdió su trabajo en el campo, donde recolectaba rosas para exportación.

Los medios de comunicación fueron tomados por el país invasor. Escasearon los alimentos; se secaron las rosas.

El primo Jared tuvo la idea; doscientos dólares por persona a cambio de llevarlos a la costa de Libia.

Tenían ganas de vivir.

Tenían juventud.

Tenían un hijo.

La esperanza era risa en boca de Sayec. Juntaron dinero. Confiraron.

“Todo va a salir bien, Romina. Será una anécdota que contar a nuestros nietos.”

La primera vez que violaron a Romina fue en las calles de Trípoli. No supo si fue un miliciano, un policía o un soldado. No denunció por miedo a ser detenida y llevada a uno de los treinta y cuatro centros de internamiento que hay en Libia.

En el lugar donde los retuvieron los hacinaron con dieciocho personas en una celda de dos metros cuadrados.

Subir a la embarcación que los llevaría a Sicilia les costó otros quinientos dólares por cabeza.

El martes de noche Romina abrigó al pequeño Sayec para la travesía final. Le puso su abrigo, gorro de lana con orejitas de oso, le amarró las agujetas a sus zapatos nuevos, color café.

La fría oscuridad cedería al futuro deseado.

Una oportunidad, una nueva vida.

Sueños arrastrados por las olas.

El pequeño zapato café conservaba su agujeta como último vínculo con el pie del que fue arrancado.

El agua lo arrastró a la playa.

Solitario. Exhausto. Vulnerado. Roto.



¡GO(A)L!

Augusto Montero Razo

*Tercer lugar del Primer Concurso
de Nelson Mandela en la categoría de Prosa*

I

Una de las maravillas que tiene el deporte –y el fútbol como el rey del deporte lo tiene aún más– es el de unir a la gente en torno a una meta en común. Generalmente ese objetivo en conjunto es ganar, el ser campeones en la disciplina en la que se esté participando; sin embargo, a veces la meta no es ganar sino unir a todos (competidores, espectadores, fanáticos e incluso naciones) como uno sólo. Eso es algo que Nelson Mandela identificó cuando fue a Barcelona en 1992 por la celebración de los Juegos Olímpicos y supo cómo aprovecharlo para unir a una nación dividida en blanco y negro.

En el año 2010 yo iba en mi último año de secundaria, y como todo buen adolescente de ese entonces: deseaba que llegaran ya las vacaciones de verano. No era sólo por el deseo del fin de las clases sino porque ese año era año mundialista; lo que significaba horas y horas seguidas de fútbol. Respecto al país sede, no sabía mucho; solamente dos cosas: que era la primera vez que la Copa del Mundo tenía como anfitrión a un país de África y que Nelson Mandela, un activista de los derechos humanos que luchó contra la segregación racial, había sido su presidente. No es que supiera mucho sobre él o su lucha contra el llamado Apartheid (inclusive el nombre de la ley de segregación la conocí tiempo después), sólo sabía de su existencia por ser alguien muy famoso debido a sus luchas sociales (estilo Gandhi o Martín Luther King). Sin embargo, no me importaba conocer mucho o poco sobre el país; lo que me importaba era que ya empezara el Mundial.

No fue sino hasta los pocos días restantes del agonizante año escolar que me enteré a ciencia cierta quién era Mandela y la importancia de su movimiento para lograr un cambio en la nación africana. Pero, no sería sino años más tarde que sabría cómo es que ese movimiento por la igualdad entre negros y blancos permitió al país africano vencer a otro del mismo continente (Marruecos) para quedarse con el privilegio de representar a todo un continente siendo el huésped del Mundial de fútbol. Mis primeros acercamientos con Mandela fueron en la clase de Educación Cívica. Debido a que las calificaciones estaban dadas, pero a pesar de eso las clases continuaban, al profesor se le ocurrió la idea de mezclar el tema en boga (el Mundial que ya estaba a la vuelta de la esquina) con su clase; ¿Y qué mejor forma de hacerlo que con la historia de su máximo representante?

El maestro se tomó —aún lo recuerdo bien— las clases restante del año para contarnos todo sobre el movimiento de Mandela; pero no sólo eso, también nos pasó la película de *Invictus* (2009) para ilustrar mejor cómo el deporte fue una campaña de Mandela para unificar al pueblo. Quizá por mi edad o quizá porque yo simplemente ya deseaba salir de vacaciones no presté mucha atención a la explicación del profesor; se me quedaron grabadas ciertas cosas, pero el resto de la información se fue a un rincón olvidado en mi mente. Total, la escuela prácticamente había acabado, pero el Mundial recién empezaba, sin embargo, las razones del por qué Sudáfrica entre todos los demás países africanos había sido escogido seguían siendo un misterio para mí, misterio que, he de admitir, poco me importaba en aquel entonces, pero, ya vendría otro tiempo para recordar lo olvidado.

II

Al ritmo del Waka Waka entonado por Shakira yo esperaba ansiosamente el partido inaugural; ¡Y qué partido inaugural aguardaba!, ni más ni menos que al anfitrión del Mundial contra mi amado México. Yo como un ingenuo chico de catorce años —y confieso que, hasta la fecha, tristemente— creía firmemente en que este Mundial era el bueno para mi selección azteca; que empezaría ganándole al anfitrión y de allí hasta levantar la ansiada copa del mundo. Las cosas no ocurrieron así; para variar México fue eliminado en octavos de final (ese maldito quinto partido siguió sin llegar) por el odioso rival albiceleste que ya nos había ajusticiado en Alemania 2006. En cuanto a la selección sudafricana hizo historia por una razón, una no muy buen en realidad: fue la primera selección anfitriona que no pudo pasar de la fase de grupos, nunca en la historia de los mundiales había pasado algo así. Yo pensé que aquello había sido un fracaso para el país a nivel deportivo, a pesar de que sabía que el nivel futbolístico de los países africanos era más bien bajo, no me imaginaba que ni siquiera pudieran pasar de la primera ronda. Con todo y todo yo ya estaba acostumbrado —como buen mexicano— a la mediocridad de mi selección que cada cuatro años cumple rigurosamente su pase a octavos (juega como nunca y pierde como siempre); pero pensar que el país organizador de la fiesta mundialista no pudiera pasar siquiera a octavos sí me sorprendía. En fin, el Mundial acabó con un nuevo campeón: La furia roja y la fiebre española se desató. En cuanto a mí, me olvidé de Sudáfrica por un tiempo más; aunque no sería mucho pues volvería a ser noticia cuando su máximo representante murió en 2013 a los noventa y cinco años: Nelson Rolihlahla Mandela

III

Tras la muerte del amado líder sudafricano se lanzaron películas, documentales, libros y docenas de artículos sobre su vida y obra. Yo por entonces ya era un chico universitario que había terminado su primer semestre de carrera y por

ello alguien con más deseos de inmiscuirse en cuestiones sociales; eso para mí significaba saber por qué era tan importante ese hombre para el país del sur de África y tener una noción de su importancia no sólo en su país sino a nivel mundial. Después de ver una película sobre su vida Mandela: Del mito al hombre (2013) y leer varios artículos sobre él y su causa (la abolición del Apartheid) llegué a comprender verdaderamente la importancia del último Mundial celebrado; no era únicamente el derroche económico dejado por el turismo y la publicidad que se adquiere por hospedar un evento de tal envergadura; era la máxima representación (una de talla global) del sueño de un hombre realizado por su incansable labor humana.

Más allá de su vida, llena de la ya mundialmente conocida historia de sufrimiento y dolor causados por el racismo en su país y el injusto encarcelamiento al cual se vio sometido por veintisiete años por la que es conocido, a mí me llamó la atención otra faceta no tan difundida: la unión de su pueblo mediante el rugby (deporte nacional en Sudáfrica) y el fútbol, deporte que a la postre le valdría a su nación tener la mirada de millones de espectadores alrededor del mundo.

En cuanto a los primeros acercamientos de Mandela con el fútbol leí que fueron durante su estadía en prisión. Al parecer el fútbol era el deporte de los negros. En la prisión en la cual él estaba cautivo a los prisioneros negros se les tenía permitido jugar fútbol solamente cuarenta minutos los sábados: era su momento de libertad. Había ocho equipos y una Liga, era su pequeño escape de la represión. En el otro lado de la reja, estaba el rugby, juego de blancos. El equipo nacional estaba conformado por puros blancos y un mestizo; eran conocidos como los “Springboks”. El odio entre negros y blancos también empapaba las cuestiones de índole deportiva; los sudafricanos negros siempre apoyaban al equipo contrario al que se enfrentaban los “Springboks”; la desunión era palpable en el vitoreo por el fracaso del equipo sudafricano. Sin embargo, las cosas cambiarían con la llegada de Mandela al poder.

IV

En 1994 Mandela fue elegido presidente de Sudáfrica y tenía tras de sí una enorme tarea: unificar su país. Debía lograr que las víctimas de años de discriminación e injusticias estuvieran dispuestas a perdonar a sus agresores y entablaran un proceso de conciliación: Sudáfrica ya no podía ser un país de negros y blancos, sino simple y llanamente una nación con habitantes en igualdad de derechos y oportunidades.

Para lograr ello abolió las leyes del Apartheid, pero eso era sólo el inicio; debía encontrar un símbolo de unidad. Ese símbolo lo halló en el deporte,

o mejor dicho en dos deportes. Si lograba que la población negra apoyara el deporte de los blancos (rugby) y que los blancos apoyaran el de la población negra (fútbol) sería un paso más cerca de su objetivo. Gracias a su tremenda popularidad mundial logró que en 1995 Sudáfrica fuera la sede del Mundial de Rugby y en 1996 la sede de la Copa Africana de Naciones. El primer objetivo era el Mundial del deporte nacional del país, por lo cual Mandela habló con el capitán del equipo, Francois Pienaar, para que hiciera una gira nacional con el equipo de rugby en un intento de acercar al pueblo con ellos y así fomentar una unión a partir del sentimiento de apego con la selección. Milagrosamente, a pesar de no ser favoritos, Sudáfrica se llevó el campeonato. Al año siguiente la selección de fútbol repetiría la hazaña al llevarse la Copa de igual manera. Durante los partidos la gente se olvidaba de su color de piel y se unían para gritar a un solo coro la palabra ¡Gol! Mandela parecía no sólo haber cambiado las leyes de su nación sino su espíritu, que se veía reflejado en el deporte. A pesar de estos logros el sueño de Mandela no paró con el hospedar dos grandes eventos deportivos; él quería uno de los dos más grandes existentes en nuestros tiempos modernos: el Mundial de Fútbol.

Para el Mundial de 2006 Sudáfrica perdió por un voto la localía con Alemania, sin embargo, para las votaciones de la siguiente sede, Mandela en persona iría hasta la celebración de la FIFA para elegir país anfitrión con la esperanza de que su presencia pudiera tener un peso e la elección: y así fue. Gracias a eso, le arrebató a Marruecos el privilegio de hospedar la máxima competencia del balón pie. Su último sueño en lo respectivo de concederle a su nación una huella más en la historia se cumplió.

V

La última aparición pública de Nelson Mandela fue en la final de la Copa del Mundo. En un carrito recorrió todo el estadio para ser aplaudido por decenas de miles de personas. Él pudo alzar la copa del campeón, privilegio de pocos, honor de campeones. No es coincidencia que su última aparición frente a las cámaras sucediera en un evento de magna repercusión histórica para el deporte; un hombre cuyo nombre está emparentado tan fuertemente con el de su país no puede irse de éste si no es como los grandes: siendo ovacionado por el mundo una última vez.

Si bien el verdadero logro de Mandela va mucho más allá de las canchas no por ello deja de impresionar cómo logró unificar bajo un solo estandarte a negros y blancos por igual valiéndose del deporte. Por eso fue que sólo hasta después de su muerte y de informarme realmente quién era este señor entendí la verdadera victoria del equipo sudafricano. El verdadero triunfo fue poder hospedar un Mundial para demostrarle al mundo como Sudáfrica había

pasado de ser una nación donde un ciudadano de piel oscura debía bajarse de la acera si venía caminando uno de tez blanca a una nación unificada. Ya no era un país de blancos jugando rugby abucheados por negros ni tampoco lo era uno donde los ciudadanos de raza negra sólo podían jugar fútbol sólo cuarenta minutos a la semana en prisión.

Goal (meta en inglés) y Gol, lo que se grita cuando el balón entra en la portería rival y marca un punto sobre el adversario, se escriben casi igual, pero suenan muy parecido —sólo cuestión de acentos— porque al final reflejan ese mismo fin: ganar. Mandela lo consiguió: ganó. Sudáfrica no ganó el Mundial en cuanto a levantar la copa, pero sí lo ganó en otro aspecto —el que realmente cuenta—: el de unirse como una nación en torno a algo; al balón de fútbol. Toda una nación coreó cuando su equipo metió el primer gol de la tan ansiada fiesta futbolística —frente a la nación mexicana, curiosamente— y en ese grito de furor y alegría había algo más, algo que nadie más que Mandela escuchó; el escuchó su meta (goal) cumplida: un país libertado del racismo en sus leyes, un país que se transformó a tal grado que pudo albergar un evento de talla mundial; un país que estaba separado por el blanco y el negro se pudo unir como uno solo. Y es que al final del día no debemos olvidar una cosa: el balón de fútbol es blanco y negro; y de esos colores está pintado el instrumento que otorga felicidad a millones de personas alrededor del redondo (redondo como un balón). Por ello la unión entre este pueblo que tiene dos razas de diferente color es un triunfo que supera el de ser campeones en ese evento, porque su capitán Nelson Mandela los guio a algo mucho más importante: el triunfo del espíritu humano.



Sólo una gota

Carmen Padín

Cada familia se complica la vida como puede. Mi tío Olegario, con una ritual comida familiar. Nos reunimos, a veces somos más, otras menos, hermanos, tíos, parejas, incluso algunas disparejas y el montón de primos que sigue creciendo.

Es el hermano mayor de mi padre, cuando murieron los abuelos decidió que era su obligación mantener a la familia unida y convivir el último sábado de cada mes.

Abogado exitoso y amante de las letras. Le encanta decir palabras rimbombantes y darnos largas explicaciones sobre el uso correcto de los verbos y las preposiciones. Nadie le hace mucho caso, es más, cuando empieza con sus lecciones, siempre hay alguien que cambia el tema ante la amenaza de escuchar por enésima vez que no existe la palabra habemos o cómo se conjuga el verbo forzar. En mi caso, fue el motivo de mi delirio por las palabras.

Desde que tengo uso de razón, mi tío ha vivido en Jardines del Pedregal. Es una casa de los setentas, con un gran jardín lleno de formaciones de roca volcánica, dos pirules frondosos y un colorín, helechos, agapandos y lirios llenan los espacios. Era el escenario perfecto para idear juegos cuando mis primos y yo éramos pequeños. Seis chicos y dos niñas. El día que Pablito se descalabró, mi tío nos regañó y nos llamó saltabardales. Sin saber qué quería decir, me pareció perfecto para llamar así nuestro juego favorito: perseguirnos unos a los otros. Me imaginé que éramos bandoleros, brincando por los muros y riscos, ocultándonos en cuevas. A partir de ese día jugamos a los saltabardales. Había que robarse algo, generalmente de la cocina o la mesa de los adultos, y esconderlo para ver qué bando encontraba primero el tesoro. Para ganarse el puesto de jefe de los saltabardales teníamos que arriesgarnos a saltar del lugar más alto. Fui el más feliz trepando por aquellas piedras de lava.

La lista de palabras de mi tío es inagotable. Plantó un raulí, no un fresno, ni un naranjo, sino un raulí. Decía que la cocinera que tuvo en algún momento, era una cargancia, que tenía buen sazón bien, pero se sentía la dueña de la casa. Yo nunca estuve de acuerdo, pues nos tenía una paciencia de santa y horneaba pies de manzana que nos sabían a gloria.

Un día construimos un barco de cartón para navegar en el pasto. Mi tío Olegario dijo que necesitaríamos una driza, algo para el obenque, tela para la vela mayor y la baluma, que no olvidáramos ponerle una escota para dirigirlo. Nos pidió esperar la bajamar para poder zarpar. El único término entendimos fue vela y pensamos que el tío estaba loco y se inventaba las palabras. Bueno, todos menos yo.

Decidí llevar una libretita que escondía en el bolsillo trasero de mis jeans y un lápiz para apuntar sus palabrejas, desde entonces empecé a sentir un deseo casi morboso por deslizar el grafito sobre los renglones y darle forma a un sonido. Cuando me aburría de los juegos o se iban mis primos —mis padres siempre eran los últimos en partir— las buscaba en el diccionario de la biblioteca. Mi tío se negaba a darnos los significados —Indaguen en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, está sobre mi escritorio —nos insistía.

Después empecé a hacer listas en un cuaderno de cuadro chico; cuando no hubo más espacio, en las las paredes de mi cuarto, en las orillas de las revistas y periódicos, las notas del súper de mi mamá, servilletas y, por supuesto, en el papel de baño. En la actualidad, las escribo en casi cualquier superficie o papel que llega a mis manos, no puedo evitarlo.

¿Por qué me gustan las palabras aljibe, palíndromo, amartelar, bruma y frambuesa? No lo sé, porque sí. Asilar, asolar, aislar y asolear ¡tanta diferencia por una vocal!

Reconozco que, desde hace algunos años, mi pasión ha crecido, todas mis conversaciones giran alrededor de significados, juegos de palabras y soy fan de las etimologías griegas y latinas, también del nahuatl. He perdido amigos, no comprenden el misterio que las voces encierran, no existen en la naturaleza, sólo en nuestra mente y son tan precisas. Siento la necesidad de anotarlas para que no se pierdan. ¡Hay tantas que casi nadie ha visto! En el trabajo dicen que soy un nerd. Noto que tratan de evitar mi presencia. Me rodeo de más vocablos, ya casi no hay espacio en los muros ni en el techo de mi pequeño departamento. Mi pareja me dejó, dice que me causa más placer escribir, que meterme a la cama con ella. Puede ser.

Hoy compré un ejemplar del Reforma, tiene mucho papel y voy al café que se encuentra cerca del parque. Pido un expreso, tardan en traerlo, para cuando llega, la primera plana del diario está casi llena de vocablos que comienzan con gra: granero, granuja, grandilocuente, grana, grande, grasa, grapa, gratinar, grava... tomo un sorbo, hirviente, me quema los labios y la lengua. Retiro la taza de la boca con torpeza, una gota de café cae en la última palabra que anoté: graznido. Un punto final inesperado. Redondo, rotundo, imperturbable. Respiro profundamente, dejo un billete sobre la mesa. Ya no me apeetece la bebida. Me levanto, salgo del local y me dirijo al parque. Siento una inusual ligereza. Tiro el lápiz por la alcantarilla antes de cruzar la calle.

Eduardo Caballero

Vacación permanente

Enrique Garza

Comenzó durante las vacaciones de verano. Desperté en uno de esos destinos turísticos que, capturados por carteles de agencia de viajes, prometen una probadita de paraíso: sol, brisa, cocteles de colores inusuales engalanados con sombrillas diminutas. Me sentía afortunado al tenerlo todo en abundancia. Al cruzarme en los pasillos del hotel con las chicas, jóvenes y bronceadas, ellas me devolvían una sonrisa de complicidad y agregaban un guiño cargado de brillo, sutileza femenina y abundante coquetería. Días soleados, palmeras contoneándose, el aire caliente acariciaba la respiración y los costefios, descalzos sobre arena abrasadora, ofrecían baratijas a los turistas con su dulce pregón. Contemplé atardeceres sentado en un camastro de madera, novela en edición de bolsillo, agua mineral con rodaja de limón burbujeando suavemente sobre una mesita descascarillada por el sol. Cerré los ojos. Tuve una revelación: nunca había sido tan feliz en mi vida. Deseé que las cosas no cambiaran. Tomé la decisión de congelar el tiempo en este momento específico de mi existencia y estuve dispuesto a hacer todo lo que fuera necesario para conseguir mi objetivo.

Decidí dejar mi trabajo de oficina. Jamás volvería a vestir traje y corbata. No me reportaría con nadie, tampoco devolvería llamadas de clientes. No me levantaría temprano. Evitaría a toda costa abordar el transporte público atestado en hora pico entre personas dormidas, desaseadas, llevadas al rastro en vagones diseñados para el ganado. No checaría tarjeta en la fábrica de cadáveres ni cumpliría cuarenta horas a la semana, mes tras mes, año tras año hasta la jubilación. No permitiría ser reemplazado al término de mi vida útil cual pieza desgastada de un engranaje que me era incomprensible, un sistema en que los pocos placeres provienen de cincuenta minutos para ir a comer, el final de la jornada y unos míseros momentos de descanso, sábado y domingo, o alguna festividad oficial que supusiera unos cuantos días de asueto. Me hice el propósito de destruir el despertador con un martillo cuando llegara a casa, arrojaría los pedazos de ese cruel aparato en bolsas distintas de modo tal que nadie pudiese reconstruirlo; ese demonio con sus numerales rojo sangre no volvería a hacerle daño a nadie, no interrumpiría sueños, no contribuiría en forma alguna a la pérdida de otra alma o al condicionamiento del libre albedrío. Me declaré desde ese momento anarquista, hippie revolucionario, libertador de la Tierra y controlador del tiempo. Incluso pensé en hacerme un traje de superhéroe aunque llegué a la conclusión de que ese iba a ser un despropósito, un exceso y con toda seguridad una ridiculez. No hay cosa peor que un adulto en pantimedias, capa a hombros y discurso heroico, por más que sea pronunciado con gallardía o estuviese fundamentado con la claridad de pensamiento de un filósofo.

Nada de esto es nuevo. Desde niño intuía el fluir de estas ideas por mis venas. Un anhelo de libertad se gestaba en mis entrañas con vida propia, como alien de película o los huevos en el interior de la gallina, lo sabía, mas no podía

expresarlo con palabras. Era distinto a los demás, no sabía por aquel entonces en qué radicaba la diferencia hasta hoy en que esta epifanía me abofetea encarnada en prostituta iracunda. En mi infancia nunca quise que terminaran las vacaciones y sí, comer golosinas hasta el dolor de estómago, cara manchada, dedos pegajosos. Quise prolongarlas a pesar de lo malo, de cubrir mi cuerpo con una sábana y no poder dormir por las quemaduras, las discusiones de mis padres sucediendo sin pudor en la recámara contigua o la absoluta incapacidad de entenderme a mí mismo. No hay tutoriales para desenvolverse de niño a pesar de ser la más difícil de las disciplinas imaginables. Yo mismo los grabaría, pero ha pasado tanto tiempo, mi memoria se deteriora y no sabría decirle nada a las nuevas generaciones sin parecer un profesor de escuela secundaria queriendo encajar como el esqueleto de un dinosaurio en el museo de arte moderno.

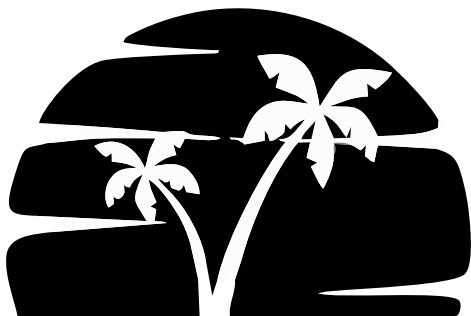
Quise que mis padres no envejecieran. Verlos en plenitud de facultades, fuertes, con sentido del humor, rebosantes de alegría. Siempre juntos, amándose, ajenos a la tristeza. Sentarnos a cenar a la mesa, ser una familia tradicional, con mi madre cocinando la cena, mi padre llegando del trabajo, cansado, portafolio en mano y un beso para cada uno de nosotros a flor de labios. Anécdotas para recordar. Familia de ensueño que nunca existió. A pesar de esto no quise que se fueran, tampoco despedirme ellos, tener la posibilidad de trabajar nuestras diferencias aunque no lo hiciéramos por flojera, indiferencia o miedo. Deseé con cada fibra de mi cuerpo que todas las mañanas fueran la del sábado, soleadas, sin una sola nube en el cielo ni lluvia que las opaque. Saludar a mi madre con un abrazo, ojos hinchados, pelos parados, aliento venenoso. “¿Cómo dormiste, hijito?”, diría ella. Yo habría descansado, estaría relajado, feliz. Soltaría entre bostezos un bien-¿y-tú? Adolescente y despreocupado. Esa sería una fotografía digna de atesorar dentro de esa cajita de marquetaría debajo de la almohada y en el corazón.

Seguía yo en la playa. Supliqué a las estrellas que mi compañera me amara como lo estaba haciendo en ese momento y sentir por siempre su calor, su piel dorada contra la mía, aferrarme furiosamente a los tatuajes que decoraban sus gráciles miembros, grabar en mi retina las marcas de su traje de baño; esos elementos fantásticos sólo contribuían a apuntalar mi absurda determinación. Aquel propósito insano, frenar la locomotora de los años sobre sus rieles y disfrutar las chispas generadas por la fricción, se convirtió en mi principal motivo para levantarme todos los días. Estaba convencido de que podría guardar todas esas luciérnagas en una caverna entre pecho y espalda, mantenerlas vivas, fulgurantes, donde sólo yo podría verlas, compartirlas o admirarlas en secreto durante las noches de invierno. A mis plegarias agregué un deseo: que nunca nada cambiara entre nosotros; no formalizar nuestra relación en virtud de que las leyes del hombre tienden a destruir lo que nos es más sagrado. Íbamos a convertirnos en estatuas, nuestras carnes no se colgarían por la gravedad, seríamos retratos de juventud: nacer-crecer, nunca reproducirnos, salvar la inocencia de la más cruel de las verdades, nadie podría robarnos el uno del otro y, desde luego, jamás moriríamos. Nos fundiríamos con el aire, nos arrastraría

el viento, nuestra esencia impregnaría gentes, estructuras, palmeras, oleríamos a malvaviscos tostados en una fogata, formaríamos parte de la eternidad cuan ancha y tan larga sea, subiríamos en puerto a trasatlánticos con destino incierto.

Apliqué mis mejores criterios a fin de ralentizar manecillas de reloj, hojas de calendario y la llegada de mis cumpleaños. Desempolvé los discos que me gustaban a los diecisiete años, adopté un corte de pelo moderno, ropa a la moda. Sólo comía mis platillos preferidos sin importar qué tan sanos o convenientes fueran para mi organismo. Festejé cuarenta y dos años de edad. Festejé cuarenta y dos años de edad. Festejé cuarenta y dos años de edad e incluso modifiqué documentos oficiales a fin de ser congruente. Mi adversario es implacable. Yo me engañaba. Mi postura se fue torciendo, perdí agudeza en todos los sentidos, no distinguía a una persona de otra, me repetían las cosas, una, dos, tres veces, asentía aparentando comprender, no quería ser descartado, era joven, muy joven, el tiempo no pasaba por mí, estaba condenado a la inmortalidad y yo la iba a contagiar a todos los que me rodeaban. A pesar de mis esfuerzos los demás se fueron yendo, uno a uno, poco a poco, la música terminó y me quedé solo. Nacimos solos, morimos solos. Tuve esa certeza un minuto demasiado tarde. Mi proyecto fracasó. La asistencia al estreno dejó mucho qué desear, los escasísimos espectadores fueron saliendo antes del final, no hubo aplausos al terminar la función. El inicio fue lento, el clímax desapasionado y el desenlace muy predecible, las críticas en prensa especializada fueron despiadadas.

Yazgo en mi lecho de muerte, mirada vacía, ojos vidriosos. Estoy muy débil para plantarme en el campo de batalla. Pierdo la guerra. Pálido, en los huesos. Hago las paces conmigo mismo, soy duro, no encuentro perdón. Un trozo de cartón me ayuda a mantener la temperatura. Perros callejeros olisquean mi cuerpo. Coches pasan sobre la calzada, los escucho alejarse. Otro vagabundo contempla mis objetos materiales, codicia acuciada por la miseria, ya no me importa. No me puedo llevar nada, tampoco quiero. Todo comenzó durante unas vacaciones de verano. Se apagan las luces.



Liderazgo de servicio

(Una conversación con el equipo de la Embajada de la República de Sudáfrica ante los Estados Unidos Mexicanos liderados por Anthea Joubert)

Cecilia Durán Mena

P.E. ¿Qué estamos celebrando este año en torno a Nelson Mandela?

2018 es el año de Nelson Mandela — el año en que el líder de la independencia de Sudáfrica habría cumplido 100 años de edad. Aunque el ex Presidente Nelson Mandela murió en 2013 a la edad de 95, toda su vida sigue en pie como un testimonio del poder del espíritu humano.

P.E. ¿Qué es un líder de servicio según la filosofía de Nelson Mandela?

El principio fundamental del liderazgo de servicio proviene de la empatía y el reconocimiento de y a los que te rodean. Este concepto es conocido como el núcleo del principio filosófico africano de Ubuntu. Cuando el Sr. Mandela fue entrevistado por el periodista y escritor sudafricano Tim Modise, le dijo que algunas personas lo consideraban como “la personificación de Ubuntu”. Cuando se le preguntó “¿Qué es lo que usted entiende por Ubuntu”, el señor Mandela respondió que en los viejos tiempos, si un viajero que iba por campo se detenía en un pueblo o en un asentamiento no tendría que pedir comida o agua. Una vez que se detuviera, la gente saldría para ofrecerle “algo de comer y atenderlo”. Así Ubuntu refleja varios aspectos de la vida: respeto, humildad, utilidad, saber compartir, vida en comunidad y comunalidad, el cuidado, la confianza y el altruismo. Para Nelson Mandela, el verdadero espíritu de Ubuntu reside en tomar medidas “habilitar a la comunidad que te rodea y poder mejorar la vida”.

Como orador principal en un evento en que se honró la vida y la filosofía del Sr. Mandela, el ex Presidente de los Estados Unidos Barack Obama se refirió a la necesidad de generar estrategias de acción para que los hombres y las mujeres pudieran defender “su dignidad dada por Dios”. Obama usó Ubuntu en el contexto de la vida de Nelson Mandela en la que vino a defender los ideales de justicia, paz, igualdad, libertad y reconciliación. Obama explicó que Nelson Mandela entendía los “lazos que atan el espíritu humano. ... Hay una palabra en Sudáfrica — Ubuntu — que describe su mayor regalo: su reconocimiento de que todos estamos Unidos en formas que pueden ser invisibles a la vista; que hay una unidad a la humanidad; que nos conseguimos compartiendo con nosotros mismos otros, y cuidar a los que nos rodean.” Usó palabras como “iluminar” que sugerían que la vida de Nelson Mandela producía una luz que podía llegar a la oscuridad de otras vidas trayendo nueva visión. Por lo tanto, puedo afirmar que un liderazgo fuerte requiere un lenguaje fuerte y Obama lo sabía.

Usando una palabra sudafricana, Ubuntu, él estaba apelando a Sudáfrica y el mundo para un profundo sentido de pertenencia que todos necesitamos sentir. He incluyó su Toda audiencia, una comunidad de líderes mundiales se reunieron para marcar el fallecimiento de un gran líder mundial y su legado de vida.

P.E. El liderazgo de servicio es una filosofía y un conjunto de prácticas que enriquecen la vida de los individuos, construye mejores organizaciones y, en última instancia, crea un mundo más justo y solidario. ¿Cómo lo hizo el Señor Mandela?

El conjunto de 3 prácticas que Nelson Mandela refiere en la página 4 de su libro autobiográfico “Largo camino a la libertad”, describir la educación que heredó de su pueblo: “Los Xhosa son un pueblo orgulloso y patrilineal con un lenguaje expresivo y eufónico y una creencia permanente en la importancia de las leyes, la educación y la cortesía”; la educación y la tradición trajeron el aprendizaje que el Sr. Mandela pudo y usó en su vida diaria e interacciones.

P.E. La mejor prueba, y difícil de administrar, es: ¿los sirvientes crecen como personas. ¿Cómo han hecho crecer Sudáfrica las contribuciones del Sr. Mandela?

Cuando Mandela asumió el poder, algunos esperaban que él llevaría a una edad de violencia y retribución contra la anterior clase dominante por los males del sistema del apartheid. Se equivocaron. Amaba a su país y sus pueblos. El extraordinario legado del Sr. Mandela es que a pesar de sus costos personales y de los altos precios que tuvo que pagar, siempre se mantuvo fiel a su convicción de que Sudáfrica debería ser una democracia libre con una sola persona, un voto de igualdad para todos sus ciudadanos. De ahí que, siempre trabajó con y por los que lo habían encarcelado en Robben Island para lograr una transición pacífica del poder. Buscó oportunidades para reunir a los sudafricanos como lo hizo al abrazar al equipo sudafricano de Rugby, como fue dramatizado en la película Invictus. Sudáfrica, África y el mundo han crecido cuando hicieron consciencia de que se puede vivir en libertad.

P.E. ¿Quiénes fueron favorecidos de este liderazgo de servicio crecieron como personas con el legado del Sr. Mandela?

Nelson Mandela había dejado una huella indeleble en nuestra sociedad al sentar las bases para una sociedad unida, no racial, no sexista, democrática y próspera. El legado de Madiba vive en nuestro compromiso de asegurar una sociedad justa y equitativa para todos, incluyendo los derechos a la dignidad y la libertad de expresión. Sudáfrica seguirá abordando retos socio-económicos y políticos que nos enfrentan al dialogar, teniendo presente que cualquier solución debe ser en beneficio de todos. Pero para celebrar la vida de Madiba, necesitamos permanecer fieles a sus ideales, incluyendo su compromiso inquebrantable con la justicia, la igualdad y una Sudáfrica no racial.

P.E. Y ¿el pueblo de Sudáfrica, mientras se servía, se convirtió en más sano, más sabio, más libre, más autónomo, más probable que se convirtieran en siervos?

Nuestra realidad nacional actual es una construcción premisa de lo que estábamos en contra, en lugar de lo que deseamos. La aspiración fue y sigue siendo la de una sociedad cuya gente no es racista o no sexista. La fijación es con la negatividad que surgió de nuestro apartheid y el pasado colonial. La Constitución, sin embargo, establece la base para un sociedad democrática, no racial, no sexista, unida y próspera basada en la justicia, la igualdad, el estado de derecho y los derechos humanos para todos. Los sudafricanos estamos persiguiendo los sueños y las aspiraciones de Nelson Mandela, recordó una vez más su rico legado a través del año y las celebraciones del centenario de Mandela. Todos los sudafricanos tienen la responsabilidad de servir a nuestra tierra y a nuestros pueblos a través de la promoción de e implementación de libertad y la defensa de nuestra democracia —en honor del compromiso de toda la vida de Madiba con estos ideales.

P.E. ¿Cuál es el efecto del legado de Mandela para el sector menos privilegiado de la sociedad? ¿Se beneficiarán o al menos no se les privará más?

Las acciones concretas de su servicio como luchador por la libertad y como Presidente de la nación incluyen el empoderamiento de las mujeres, el acceso a una educación de calidad y la lucha contra el VIH/SIDA. Sudáfrica sigue teniendo trabajo por hacer para eliminar la violencia contra las mujeres, traer la igualdad total de género y educar a nuestros pueblos con habilidades y habilidades necesarias en el siglo XXI. El difunto ex Presidente Nelson Mandela ayudó a llevar el país hacia un futuro próspero. Durante su primer discurso en el estado de la nación en 1994, Mandela expresó su compromiso con la “emancipación” de las mujeres y pidió la igualdad entre los sistemas de Sudáfrica. En 2003, la Fundación Mandela lanzó la iniciativa 46664, una serie de conciertos que llevó al SIDA a la vanguardia de la conversación global que fue transmitida a 2 millones espectadores. El concierto recaudó dinero para la investigación y defensa del SIDA. Dos años más tarde, Mandela anunció que su hijo había muerto de SIDA, que se decía que había normalizado la enfermedad a los ojos de muchos.

Y, para Mandela, lograr un verdadero cambio educativo comenzó en el campo. En 2007, Mandela fundó el Instituto Nelson Mandela para el desarrollo rural y la educación para entrenar y enviar maestros de alta calidad a las zonas rurales y equipar a las escuelas con instalaciones modernas. Mientras la mayoría de los estudiantes sudafricanos — blancos y negros — ahora asisten a la escuela primaria, una vasta desigualdad de ingresos, así como maestros incapacitados y facilidades inadecuadas, han impedido que los estudiantes rurales conformaran la brecha de logro racial que surgió durante el apartheid.

Durante su vida, Mandela vivió por esas palabras como un campeón firme para los derechos de los niños. Hoy, el fondo, Nelson Mandela lleva su legado de

voz y dignidad al niño africano construyendo un movimiento basado en los derechos. Durante su mandato como Presidente, Mandela donó un tercio de su salario para crear una organización, cuyo fin era poner fin a la pobreza extrema y sus síntomas, como el hambre, la explotación y la falta de vivienda.

Mandela tan valorado el poder de la ciencia, investigación y desarrollo que prestó su nombre a tres institutos de tecnología en Nigeria, Tanzania y Burkina Faso. Otro Instituto de Sudáfrica también lleva su nombre. Es un acontecimiento notable en un país donde a la gente negra ni siquiera se les permitía asistir a clases hace una generación. Pero el compromiso de Mandela con el logro tecnológico no llegó a expensas del mundo natural. Él era un ecologista acérrimo y se opuso a la degradación de los recursos naturales de Sudáfrica por las antiguas potencias coloniales y sus aliados dentro de África.



Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Mesa de Edición y Arbitraje

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Yamil Narchi Sadek
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Depto. de Arte y Diseño
Imprecen, S.A. de C.V.

Fotografía de portada

Del Centenario de Nelson Mandela,
aprobada por la Embajada de
Sudáfrica en México.

Digital

www.porescrito.org

Ventas y suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org

55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15

Los textos e ideas que aquí se publican
son responsabilidad de quien los firma.



Pretextos Literarios Por Escrito

es una revista bimestral. Número dieciséis.
Editora responsables: Dra. Cecilia Durán Mena.
Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado
por el Instituto Nacional de Derecho de Autor
04-101416143900-102.

Número de Certificado de Licitud
de Título y Contenido #16609.

Domicilio de la publicación:
Centenario 66, Col. del Carmen,
Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

Impreso en Imprecen, S.A. de C.V.
Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12,
Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato.

Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V.
Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán.
C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Octubre-Noviembre de 2018.



¿Quieres publicar?

Envía tus textos para valorarlos a

contacto@porescrito.org



Ultimátum

“En una sociedad que pretende considerarse decente a sí misma no puede excusarse ninguna forma de violencia, pero la violencia contra los niños constituye con seguridad la expresión más abominable de la violencia. Somete a los más vulnerables y a los más débiles a la indignidad, a la humillación, a la degradación y a los mayores daños.”

Mandela por sí mismo
Nelson Mandela